

SANTA TERESA
DE JESUS

EDITORIAL
Atlántida
BIBLIOTECA
Billiken


00054151

MENTRUYT
LIBRERIA PAPELERIA
SARMIENTO 835
BUENOS AIRES

QUE ES ESTE LIBRO

EN estilo llano y de hondas raíces populares, Santa Teresa de Jesús hizo el prodigio de expresar los más sutiles y entrañables misterios de su experiencia mística, y ello con tan modesta veracidad, con tan vivas luces de adoración, que sus testimonios han venido a constituir fuentes perennes, de altísimo valor universal para el conocimiento religioso.

En este libro se tratan los aspectos principales de su vida. Larga y penosa fué su empresa de Reformadora. Para cumplirla no escatimó energías. Enferma, perseguida, calumniada, cruzaba las tierras de España sin desfallecer nunca en su misión.

Dulce y firme, maternal y severa, sabia hasta el punto de asombrar con su ciencia espontánea a los doctores de la Iglesia, Teresa de Jesús es una de las figuras más extraordinarias que ha tenido la humanidad.

SANTA TERESA DE JESÚS

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION VERDE

SANTA TERESA DE JESÚS

DONAC
DE
Jorge
Stegm

POR

Lauro Palma

ILUSTRACIONES DE LISA

116X16

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
Inv. 54540
29/06/93

Derechos reservados.
Hecho el depósito
que exige la ley.

I

HACIA TIERRA DE MOROS

UNA mañana del año 1522, por el camino que va de la ciudad de Ávila, en España, hacia el puente del río Adaja, caminaban un niño y una niña. Eran hermanos. El varoncito contaba once años de edad; la niña siete. Iban cubiertos con capas y sombreros, y él llevaba a la espalda un abultado zurrón. Se disponían, como se ve, a emprender una larga caminata. Mientras andaban, dialogaban así:

—Oye, Teresa —dijo el niño—, ¿quedará lejos el África?

—No lo sé con certeza — respondió ella —, pero imagino que muy cerca no ha de ser. Por lo menos habrá que pasar aquellos montes.

Y el índice de la pequeña señaló el horizonte, cortado por un indeciso festón de bruma azul.

—Menos mal — dijo él — que hemos traído pan y otras cosillas para el camino, que si no...

—¡Rodrigo! — amonestó ella —; ya te he dicho que más mérito tendría no llevar nada y pedir de paso un mendrugo por amor de Dios. Nuestro Señor ha dicho que no se debe llevar nada para el camino. Y ya te he leído cómo San Francisco cumplió durante toda su vida ese mandato de Jesús.

—Tienes razón —dijo él, aunque sólo a medias convencido. Y siguieron marchando en silencio. De pronto el niño preguntó: — ¿Te parece que encontraremos allá algún moro que quiera cortarnos la cabeza?

—¡Pues ya lo creo! — asintió Teresa convencida —. ¡Con lo que les gusta decapitar cristianos!... Y si por ser nosotros niños se negaran a hacerlo, les rogaríamos por amor de Dios que no se priven de ello.

—Oye — dijo entonces Rodrigo —, ¿no dolerá mucho?

—De ningún modo. Esos morazos tienen unos alfanjes o cimitarras que descabezan de un solo tajo. Por eso me parece que los frailes menores que murieron por la fe en tierra de moros, alcanzaron el cielo a muy poco precio.

—¿Poco precio la cabeza?

—Sí, porque fué con poco dolor. ¿Qué es eso comparado con lo que sufrió por nosotros Nuestro Señor Jesucristo?

—Tienes razón; tú siempre tienes razón, Teresa, — afirmó el niño con honda convicción.

Y siguieron la marcha, cruzando el puente del Adaja... en dirección a tierras de morería.

Llevaban ya más de una hora de camino, cuando divisaron a lo lejos el bulto de un hombre que avanzaba hacia ellos. ¿Sería ése el anhelado moro del alfanje? A fe que se hubiera sentido feliz Teresa de que así fuera. Y no sólo porque vería satisfecha su aspiración, sino porque, habituada como estaba al magnífico carruaje de su padre, tenía ya los pies harto doloridos de caminar por la senda pedregosa.

Pero no, aquél no era un moro sino un gentil-

hombre, y no por cierto uno cualquiera y desconocido, pues al hallarse a poca distancia de los niños, les gritó:

—¡Eh, Rodrigo, Teresica!, ¿a dónde va la caravana?

Los niños se estremecieron al reconocer, en aquel hidalgo, nada menos que al caballero don Francisco Álvarez de Cepeda, hermano del padre de ambos. Repetida la pregunta cuando el caballero estuvo junto a los niños, fué Teresa la que respondió con aplomo:

—Vamos a tierra de moros a hacernos descabezar.

—Sí, ¿eh? — repuso el caballero con socarronería —. ¿Y tienen conocimiento de todo eso vuestros papás?

Como los chiquillos bajaran la cabeza sin responder, el tío prosiguió diciendo:

—Bien, habrá que dejar para otra vez lo del corte de la cabeza y volver a casita a pedir permiso. Conque media vuelta... y andando.

Los niños, cuyo "martirio" quedó interrumpido en la forma que hemos visto, eran dos de los nue-



—Vamos a tierra de moros.

ve hijos del hidalgo don Alonso Sánchez de Cepeda, y su segunda esposa doña Beatriz de Ahumada, personas ambas de ilustrísimo abolengo.

Vivía don Alonso en el extremo occidental de la ciudad, en una casona denominada de *la Moneda,* frente a la iglesia parroquial de Santo Domingo, y próxima a una de las puertas de la ciudad.

Cuando llegaron tío y sobrinos a casa de don Alonso, todo era en ella alboroto y zozobra. Advertida la ausencia de los niños, se les buscaba afanosamente por las inmediaciones. Doña Beatriz, presa de terrible angustia, no podía apartar de su mente la sospecha de que Teresa y Rodrigo hubieran caído dentro del pozo de la noria que había en la huerta.

La sola presencia de los niños fué para sus padres un bálsamo de tranquilidad, pero, pasados los primeros transportes, llegó el pesado trance de las explicaciones.

—¿De dónde venís con capa y sombrero? ¿Qué significa ese zurrón? ¡Habla, Rodrigo!

—Fué Teresa quien tuvo la ocurrencia, papá.

El tío Francisco sonreía irónicamente.

—¡La ocurrencia! ¿Qué ocurrencia? ¿A dónde fuisteis, Teresa?

—Queríamos ir a tierra de moros a que nos hicieran mártires por nuestro Señor — respondió la niña.

—¡Mártires! ¿Y en qué forma? — prosiguió interrogando el padre.

—Pidiéndole a algún moro que nos cortara la cabeza, como hicieron con los frailes menores — aclaró el niño.

—¡Habráse visto!...

No se frustraron del todo las ansias de martirio de los niños; pues si bien es cierto que no hallaron al suspirado moro que les cortara la cabeza, recibieron en cambio una severa reprimenda paterna y algunos fuertes azotes.

II

TERESA

TERESA, la niña que, en lugar de tener miedo a los moros, como otros niños de España por aquellos tiempos, iba en su busca, y nada menos que para ofrecerles su cabeza para que se la cortaran, era la tercera hija del segundo matrimonio de don Alonso Sánchez de Cepeda. Tres hijos habían quedado a don Alonso del primer matrimonio: Juan, María y Pedro, y tenía dos del segundo: Fernando y Rodrigo, cuando vino al mundo Teresa, la niña predestinada a dar inmensa gloria a España, con su talento genial y su santidad.

Nació la niña en la casa solariega de que ya hemos hablado, el día 28 de marzo de 1515, al amanecer.

Pocos días más tarde, el 4 de abril, era bautizada en la parroquia de San Juan, siendo sus padrinos Vela Núñez y doña María de Águila, nobles los dos.

Poco se sabe acerca de la educación de Teresa en los primeros años, pero fácil es deducir que su inteligencia era grande, pues a los siete años, en que la hemos conocido, había leído ya infinidad de libros que trataban de las vidas de los santos. En el que escribió sobre su propia vida cuenta que el hermano a quien más quería era Rodrigo, en cuya compañía leía libros religiosos. Estas lecturas, y el ambiente señorial de su propio hogar, inspiraron a la niña un gran amor a Dios, y el deseo de servirlo en la medida en que lo habían servido los mártires, cuyos sacrificios conocía.

Frustrados en la forma que hemos visto sus deseos de ganar el cielo a manos de los moros, íbase la niña, siempre acompañada por su hermano Rodrigo, al jardín de la casa y entre ambos levantaban "ermitas" y "conventos", colocando piedrecitas unas sobre las otras, construcciones

que al menor soplo del viento se derrumbaban. Cuando alguna de estas casas llegaba al techo, los dos hermanitos se daban las manos y repetían, con el pensamiento fijo en las cosas eternas:

—¡Para siempre, siempre, siempre!

COMO DON QUIJOTE

Como el cinematógrafo en nuestros días, hacían furor en España en aquella época los libros de caballería, malísimos la mayor parte de ellos, pero que eran materialmente "devorados" por el público. Don Miguel de Cervantes, en su famoso libro "Don Quijote de la Mancha" ha hecho un interesantísimo juicio crítico de estos malhadados libros llenos de aventuras fabulosas en las que un solo caballero, en defensa de una viuda o un menesteroso cualquiera, mataba con su lanza a todo un ejército de gigantes, y otras cosas por el estilo. A esos libracos debió Don Quijote la pérdida de su juicio y la peregrina manía en que dió de imitar a los caballeros andantes, saliendo en busca de aventuras.

En la biblioteca de don Alonso, y a pesar de su

espíritu religioso, abundaban también tales libros, a cuya lectura era sumamente aficionada doña Beatriz Ahumada, madre de Teresa y Rodrigo. Veían los niños la atención y el entusiasmo que doña Beatriz ponía en la lectura de esos libros y, ya fuera a escondidas, o con autorización materna, lo cierto es que ambos hermanos se entregaron de lleno a leerlos, dejando de lado las lecturas piadosas.

Con las aventuras heroicas y galantes de los caballeros, desapareció la inclinación piadosa de los niños. Ahora, en lugar de hacerse descabezar por el moro, les hubiera agradado montar a caballo, blandir una espada y descabezar ellos a unos cuantos.

Esas lecturas modificaron por completo el carácter de Teresa, tornándola, de recatada y reflexiva, en frívola y despreocupada. Iban pasando los años y la niña se transformaba paulatinamente en una señorita. El espejo le atraía mucho más que el libro de oraciones, y ella misma ha contado cómo se fué operando esa transformación. Ella deseaba entonces "parecer bien, con

mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa". Así llegó Teresa a la edad de 12 años.

UNA MADRE POR OTRA

Vecina a la casa de don Alonso, quedaba la de su hermano don Francisco, aquel a quien vimos interponerse en el camino del "martirio" de Teresa y Rodrigo. Tenía don Francisco varios hijos con quienes se reunían los de don Alonso, divirtiéndose en juegos propios de la edad juvenil. Inocentes eran aquellos juegos, pero contribuían grandemente a apartarla de su primera inclinación religiosa.

Un día sintió Teresa que se desplomaba sobre ella una avalancha de tristeza y dolor. Su madre, joven y hermosa todavía, dejaba de existir.

Aquella desgracia le hizo olvidar sus juegos y devaneos, y recurrir, buscando consuelo, al objeto de sus devociones infantiles.

—¡Madre, madre mía! — exclamaba la huerfanita. Y unía en su corazón, a la imagen de la

madre muerta, la de aquella otra Madre, la de Jesús, a quien había venerado tanto.

Junto al río Adaja se alzaba una pequeña ermita, en la que existía una imagen de la Virgen María. A ella acudió Teresa en busca de consuelo, rogando a la Madre de Dios, puesto que era inmortal, que fuese madre suya por el resto de su existencia.

Refiriéndose a este pasaje de su vida, la que después fué Santa Teresa de Jesús, ha dicho así: "Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas, y paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí".

En todo encontró Teresa propicia a la Virgen, es verdad, menos en la conocida empresa de hacerse decapitar por los moros, pues en tal ocasión, como sabemos, no impidió la Virgen la providen-

cial intervención de don Francisco, a pesar de que habían ido a la ermita Rodrigo y Teresa, a rogar a la imagen que los ayudara a ser decapitados.

Sin embargo, a través de los siglos, Madre e hija están juntas y juntas comparecen todos los años ante los fieles para ser adoradas, como veremos. El día 15 de octubre de cada año, se celebra en Ávila una procesión. La imagen de Santa Teresa es sacada de los Carmelitas y llevada a la Catedral donde se halla actualmente Nuestra Señora de la Caridad, que es la imagen de la ermita que conocemos. El día siguiente, de mañana, ambas imágenes son sacadas y llevadas por las calles al convento de los Carmelitas donde se les dedica una misa solemne. Por la tarde se separan Madre e hija para volver cada una a su altar hasta el año siguiente en la misma fecha.

AYUDADORES DE SATANÁS

Así llamó a los libros de caballería Fray Francisco de Ribera. Y el obispo de Jaén, Don Sancho Dávila, dijo que "son libros ruines, que andan

en las manos y en las faltriqueras: que se ponen a la cabecera de la cama, y cuánto daño harán, pues no tratan sino amores mundanos. . . "

Muerta su madre y pasado algún tiempo, volvió Teresa a la lectura de los perniciosos libros de caballerías, a los que también había tomado afición su hermano Rodrigo, que en todo la seguía.

Tal fué el entusiasmo que en ellos despertó la lectura de esos libros — leídos a escondidas de don Alonso —, que llegaron los dos niños a escribir uno que sin duda fué destruído, pues no fué hallado nunca entre los papeles de la Santa ni en la biblioteca de la casa paterna.

Llegada a los 14 años, Teresa era una preciosa jovencita cuya hermosura llamaba la atención en Ávila y no le faltaron por cierto quienes pretendieran cortejarla. Entre las personas que frecuentaban la casa de don Alonso contábanse los tres primos de Teresa, hijos de don Francisco, jóvenes apuestos y gallardos que la hacían confidente de sus amoríos. Uno de estos primos cobró gran afición al trato de Teresa, afición que no tardó en

convertirse en amorío. La jovencita, con su imaginación exaltada por la lectura de los libros de caballerías, correspondió a esos devaneos que no pasaron nunca de charlas, cambios de miradas a distancia y de billetitos a escondidas de don Alonso, por intermedio de una parienta de Teresa, hija de don Francisco, según se supone.

Tres meses duraron los amoríos de Teresa. Advertido el padre de ésta por su hija mayor, María, de lo que estaba ocurriendo entre la jovencita y su primo, y como en su condición de viudo mal podía vigilar y aconsejar a su hija como lo hubiera hecho una madre, resolvió poner remedio al mal internando a Teresa en un colegio. Contribuyó a que su resolución se llevara a término pronto, el casamiento de María con don Martín de Guzmán Barrientos, pues con la ausencia de ésta perdía Teresa a la hermana mayor, que había reemplazado a la madre en el cuidado de los niños menores.

En aquella época, a falta de colegios e internados, las niñas de la aristocracia eran educadas en los conventos, donde el trato que recibían era el

mismo que se daba a las monjas, es decir, una disciplina bastante severa.

A uno de estos conventos, el de Nuestra Señora de Gracia, fué llevada Teresa.

LA PRIMERA SEMANA

Cuéntase que el visitador del convento, Fray Tomás de Villanueva, un agustino que luego fué santificado, al ver entrar a Teresa en el convento, y a pesar de las ropas lujosas que ésta llevaba, exclamó:

—Hoy ha entrado en esta casa una gran lumbrera de la Iglesia de Dios.

Y no obedecieron seguramente estas palabras a la cara de alegría que la joven llevaba, pues antes bien iba triste y abatida. El recuerdo de su primo la perseguía mucho, y la joven lamentaba en su alma aquella resolución paterna que la privaba de sus amores, pues ella había llegado a pensar en un próximo casamiento. Tampoco se resignó el galán a perder así al objeto de sus pensamientos; por el contrario, valiéndose de la misma persona que antes los ayudaba — pues según

costumbre de la época los particulares tenían entrada franca en los conventos para visitar —, hacía llegar a Teresa billetitos que le refrescaban los recuerdos y hacían aumentar su angustia.

Era encargada de las educandas, en el convento, una virtuosa monja llamada Doña María de Briceño y Contreras. Adivinó esta santa mujer, observando las lágrimas y la tristeza de la pensionista las causas que la motivaban, y poco le costó, ganándole el corazón, hacerle comprender la vanidad de ese dolor que padecía por causas mundanas, y la alegría que habría de reportarle la reconciliación con Dios. Más que las palabras hizo mella en el ánimo de Teresa el ejemplo de la monja, la dulzura de su voz y la serena alegría de que hacía gala a todas horas. Una profunda simpatía nació en el corazón de Teresa hacia su maestra, y una semana más tarde había desaparecido la repugnancia que el convento le inspiraba. Comenzó a mostrarse alegre y animosa, ganándose desde el primer momento la buena voluntad de todas las monjas, pues, como ella misma lo ha dicho, "en esto me daba el Señor gracia

en dar contento donde quiera que estuviese, y ansí era muy querida".

Durante año y medio recibió Teresa las enseñanzas de la buena monja, y al término de ellos estaba la joven casi decidida a seguir el mismo camino. Muchas veces había pensado seriamente en ello, pero, de hacerlo, habría elegido otro convento, el de las Carmelitas Calzadas de la Encarnación, donde se hallaba una monja amiga suya, doña Inés de Quesada, a quien había visitado muchas veces en procura de consejo. La detenía sin embargo la falta de seguridad en su vocación, pues de vez en cuando volvían a su memoria los paseos y las fiestas, los vestidos lujosos, las joyas y perfumes, y especialmente aquel collar de perlas, regalo de su padre, que había costado 30.000 maravedís.

LOS LIBROS DE DON PEDRO

Había transcurrido el año y medio, cuando Teresa cayó enferma. Como quedara muy débil, su padre la sacó del convento para llevarla a casa de María de Cepeda. Quedaba de paso la de

Don Pedro, hermano de don Alonso, caballero sumamente religioso, y allí quedó la joven durante varios días. Tenía don Pedro en su biblioteca gran cantidad de libros piadosos, y rogó a Teresa que se los leyera en voz alta durante las veladas. Así lo hizo la joven, y esas lecturas barrieron por completo de su espíritu los rastros dejados por los maléficos libros de caballerías. La que dejó en su corazón huellas más profundas, fué la de las Epístolas de San Jerónimo. Todas estas cosas, que parecen casuales, estaban, como se ve, condicionadas por Dios para marcar la senda que su elegida debía seguir.

Cuando Teresa prosiguió su camino hacia la casa de su hermana María, estaba plenamente decidida a ser monja.

De regreso en Ávila, en 1535, nuevas dudas asaltaron a Teresa. Durante tres meses vaciló su corazón entre lo que había resuelto y las atracciones del mundo que la llamaban con su lujo y sus frivolidades. Desde niña había sido muy hábil para el manejo del caballo, pues se cuenta que una vez se le desbocó el que montaba y consiguió

refrenarlo sin lanzar gritos ni hacer aspaviento alguno. Sin embargo el caballo quedó olvidado en su caballeriza, lo mismo que las alhajas en las arcas, mientras Teresa se afanaba en la lectura de libros piadosos para evitar que las cosas del mundo pudieran más que su naciente vocación.

MONJA

Por ese año, un triste suceso contribuyó a que la joven se decidiera. Su hermano Rodrigo, el inseparable compañero de su niñez, que contaba a la sazón 23 años, se embarcó para el Río de la Plata, acompañando en su expedición al adelantado don Pedro de Mendoza. Designaba a Teresa heredera de su patrimonio. Pocos días más tarde, Teresa se presentó a su padre y le dijo:

—Padre, he pensado ser monja.

Aunque don Alonso era sumamente religioso, aquella inesperada resolución le causó tanto dolor como sorpresa.

—Hija mía — respondió —, ¿has meditado bien lo que me dices? ¿Has considerado mi edad y la soledad en que me dejas?

—Sí, padre — respondió la futura santa —; para mí será también una separación harto dolorosa; pero siento dentro de mí que Dios me llama.

Don Alonso no consintió, ni admitió la opinión de algunos parientes que trataron de convencerlo. Cuando él muriera haría Teresa lo que fuera de su agrado; mientras tanto, debería ajustarse a la voluntad paterna.

Entre los hermanos de Teresa había uno, cinco años menor que ella, de nombre Antonio, a quien la joven había iniciado en la vocación religiosa, haciéndole comprender la vanidad de las cosas del mundo. Lo mismo que muchos años antes con Rodrigo, tramaron Teresa y Antonio una segunda salida, pero no ya hacia tierra de moros sino en otra dirección. Él, para hacerse fraile; ella, para entrar de monja.

Una mañanita, antes de amanecer, dejaron ambos hermanos la casa paterna y se encaminaron hacia el convento de la Encarnación. Allí quedó Teresa, y Antonio se encaminó hacia el de los Dominicos. Éstos, que conocían a don Alonso, se negaron a admitir al joven sin que su

padre prestara su consentimiento. Tiempo después Antonio ingresaba en la Orden de los Jerónimos, de donde salió más tarde para dirigirse a América, donde murió bajo las lanzas de los aborígenes.

Teresa, en cambio, quedó en el convento de la Encarnación, donde le fué dado el hábito de novicia. No fué sin gran dolor de su alma que abandonó la joven la casa paterna. Ella misma ha contado el trance con palabras que dejan traslucir su pena y al mismo tiempo su resolución: "Acuérdome a todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mil consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra".

LA TOMA DE HÁBITO

El convento de las Carmelitas de la Encarnación, fundado en 1479 por varias señoras avilesas, estaba situado, cuando Teresa determinó tomar el hábito, a extramuros de la ciudad, en lo que antes había sido osario de los judíos, y que fué adquirido para convento por doña Beatriz Higuera, que acababa de ser nombrada Mayor del mismo. Otra coincidencia notable, relacionada con la vida de la Santa, es la de que, el día 4 de abril de 1515, al mismo tiempo que Teresa de Cepeda era bautizada en la parroquia de San Juan, se decía la primera misa en la iglesia del beaterio de la Encarnación.

La casa no era por cierto muy cómoda, pues, como ha dicho la Santa: "estaba cercada de paredes de tierra y con un coro y iglesia a teja vana, como hoy lo está, y el coro lo estuvo ciento diez años, nevándoles a las religiosas sobre los breviarios en el invierno y entrando el sol en el verano, de forma que, cerradas las ventanas, se veía a leer, con gran daño uno y otro para las saludes."

Enterado don Alonso de la fuga de Teresa, con lo que quedaba bien probada su irrevocable resolución, no solamente consintió en ello, sino que facilitó la consagración definitiva de su hija a la vida religiosa.

El 2 de noviembre, día de Difuntos, fué el designado para la toma del hábito. El 31 de octubre, presidido por la priora del convento doña Francisca del Águila, se reunió el capítulo de todas las monjas que, con la postulante, se hallaban detrás de las rejas. En la parte exterior tomaron asiento don Alonso de Cepeda, un notario y los testigos del acto. Hizo don Alonso la entrega de su hija que fué aceptada por las monjas, y a continuación se trató de la dote que a la nueva monja se fijaba. Don Alonso manifestó que entregaba "en dote y para su alimento y sustentación veinticinco fanegas de pan de renta, por mitad de trigo e cebada, que lo renten en el lugar e término de Gotarrendura, jurisdicción de la dicha ciudad de Ávila."

El ajuar de Teresa consistía en "una cama que tenga colcha e unos paramentos de raz e una so-

brecama e una manta blanca e una frazada e seis sábanas de lienzo e seis almohadas e dos colchones e una alhombra e dos cogines e una cama de cordeles. E de vestir habrá a la dicha señora doña Teresa de los vestidos e hábitos para su entrada y profesión, en que le ha de dar para todos hábitos uno de berlate y otro de ventidoseno, e tres sayas, una de grana e otra blanca e otra de Palencia, e dos mantos, uno de grana e otro de estameña, e un zamarro e sus tocados y camisas y calzados y los libros como se da a las otras religiosas".

Y como correspondía que toda la comunidad participara del regocijo de tener una monja más, don Alonso debió pagar una colación para todas las religiosas ese día, otra después de la toma del velo, y a cada una de las monjas un tocado o su valor.

Calcúlese lo que costarían a don Alonso las colaciones y tocados, pues había en el convento, por entonces, ciento ochenta monjas.

Renunció luego Teresa a todos sus bienes, ce-

diéndolos a su hermana más pequeña, doña Juana de Ahumada, y así quedó incorporada en calidad de novicia al convento de la Encarnación, la que estaba destinada a ser Santa Teresa de Jesús.

III

LA PROFESIÓN

VESTIDA con su hábito de novicia, experimentó Teresa, desde el primer instante, una intensa alegría. "A la hora —ha dicho ella—, me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura".

El carácter alegre de Teresa, su disposición para el trabajo y su gran humildad, le granjearon el cariño de todas las religiosas. Se la veía con frecuencia, en horas desusadas, las mismas que antaño había dedicado a sus paseos, barriendo las celdas y los patios.

Una monja, doña María Pinel, ha dejado escrito que Teresa, "la noche que en su oratorio hacía examen y no hallaba haber hecho ninguna obra de caridad, se iba al coro y todas las capas que hallaba en las antiformas descosidas, las cosía, que serían hartas, pues había al pie de doscientas religiosas. Otras veces iba con una linternica a las escaleras para que no cayesen las que iban sin luz y para darla a las que la buscasen."

Otras veces la joven novicia buscaba la soledad para platicar con Dios, y en los más sombríos rincones de la huerta oraba y lloraba recordando sus antiguos devaneos. No había muerto en ella, sin embargo, la vanidad propia de las personas de su linaje, pues, "aunque era muy aficionada a todas las cosas de religión" —según ha dicho—, le dolía "sufrir alguna que pareciese menosprecio". Por otra parte le agradaba hacerse simpática y que las demás alabaran las cosas que ella hacía.

De su carácter alegre y bromista, que la acompañó toda su vida, incluso durante las horas más

difíciles y amargas, da cuenta la siguiente anécdota:

Años atrás había entrado en cierta ocasión al convento un agorero o rabdomante en busca de un tesoro que, según se decía estaba enterrado en la huerta, y aseguró a las religiosas que, pasando el tiempo, entraría allí una santa, que tendría por nombre Teresa. Esta profecía se comentaba con frecuencia en el convento, donde había otra monja que se llamaba Teresa de Quesada. Cuando nuestra novicia se enteró del augurio, dijo cierto día hablando a la de Quesada:

—Mire, hermana, que dicen que ha de salir de esta casa una Teresa Santa. Quiera Dios que sea una de las dos y que sea yo.

Y la otra monja le contestó:

—Quiera Dios que sea yo.

EL VOTO

El 3 de noviembre de 1517 tuvo lugar la ceremonia de la profesión.

Si el estado espiritual de Teresa era excelente, pues se sentía embargada de una intensa alegría,

no podría decirse lo mismo en cuanto a su salud. El cambio de vida y de alimentación, la penitencia a que se sometió y su naturaleza, ya débil de por sí, contribuyeron a que enfermara de gravedad. "Comenzáronme a crecer los desmayos — ha contado —, y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos, y ansí pasé el primer año con harto mala salud".

Don Alonso, sabedor de lo que pasaba, recurrió a todos los médicos de Ávila sin conseguir que la salud de la hija mejorara en lo más mínimo. Y como los ataques y desmayos se repetían con harta frecuencia, no vaciló en recurrir a un medio que pudo resultar fatal. En Becedas, pueblecito situado a unas quince leguas de Ávila, vivía una célebre curandera de quien se decía que había hecho curas verdaderamente maravillosas. Ante la gravedad de la monja, la Priora del convento accedió a que fuera sacada de él para ser llevada por su padre a Becedas y puesta en manos de la famosa curandera.

EL LIBRO DE DIOS

De paso hacia Becedas, y como no era posible hasta el verano iniciar el tratamiento indicado por la "médica", se detuvo Teresa, acompañada por su amiga y compañera de claustro Juana Suárez, en casa de don Pedro de Cepeda, el tío a quien hemos visto iniciar a Teresa en la lectura de libros piadosos.

Comprendiendo don Pedro las tribulaciones por que pasaba el corazón de la joven religiosa, y sabedor del deseo de ésta de encontrar un modo de oración que la acercara estrechamente a Dios, puso en sus manos el "Tercer Abecedario" de Fray Francisco de Osuna. Este libro, subrayado en muchos pasajes por la mano de la Santa, y marcado al margen con cruces y corazones dibujados por ella, es conservado como una reliquia por las Carmelitas descalzas de Ávila. En él halló estas palabras la joven monja: "Otros salen a meditar y pensar las cosas de Dios en el campo de la universal creatura, viendo el cielo sembrado de estrellas, y la tierra de flores, y el agua de peces,

y el aire de aves, y contemplan al Creador de estas cosas por muchas vías".

Mientras permaneció en casa de su tío, Teresa, inspirada por estas palabras del piadoso libro, dábase a caminar por el campo, entregada a la contemplación de la naturaleza, enorme y elocuentísimo libro de Dios.

"Aprovechábame también a mí — dijo ella — ver campo, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Creador, digo, que me despertaban y servían de libro". Y agrega: "Comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud...".

RESUCITADA

Llegado el mes de abril, Teresa se puso en manos de la famosa curandera, y ésta la sometió a un riguroso tratamiento que estuvo a punto de terminar con la vida de la futura Santa. Consistió en administrarle un purgante cada día durante un mes. Y cuenta Teresa: "A poder de medicinas me tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal del corazón, del que me fuí a curar, era

mucho más recio, que a veces me parecía que dientes agudos me asían de él, tanto, que se temió fuera rabia".

Mientras duraba su "curación", confesábase la monja con un clérigo de Becedas, de quien el pueblo murmuraba mucho, debido a ciertas relaciones que sostenía con una mala mujer. Habíale regalado ésta un idolillo de bronce que el clérigo llevaba pendiente del cuello, y que, según decía, le tenía hechizado. En fuerza de consejos y pláticas consiguió Teresa que el sacerdote le diera el idolillo; la Santa lo hizo tirar al río, y es fama que, desde entonces, la víctima del hechizo enderezó sus pasos hacia Dios, muriendo un año más tarde en paz consigo mismo.

Convencido don Alonso de que, si Teresa continuaba con el tratamiento impuesto por la curandera, lo que llevaría él para Ávila sería su cadáver, resolvió dar por terminada la curación. Refiriéndose a ese pasaje de su vida, ha dicho la Santa: "Con esa ganancia me tornó a traer mi padre a Ávila, donde tornaron a verme médicos;

todos me desahuciaron, que decían, sobre todo este mal, que estaba ética (tísica)".

El estado de la enferma se agravó en Ávila. Cierta noche le sobrevino un colapso que la tuvo sin conocimiento durante cuatro días. La dieron por muerta, y como la noticia llegó al convento de la Encarnación, le abrieron allí sepultura para recibirla. Una delegación de monjas acudió a casa de don Alonso "en busca del cadáver" para darle sepultura. Pero el padre de la monja, que permanecía junto al lecho, con una mano de ella entre las suyas, les respondió:

—Esta hija mía no está para enterrar.

Durante la noche de uno de esos cuatro días, hallábase velando a la enferma uno de sus hermanos, don Lorenzo de Cepeda y había dejado una vela encendida sobre la cama. Se quedó el joven dormido, y al despertar advirtió, con la consiguiente angustia, que la vela, al consumirse, había prendido fuego a las ropas de la cama, de la que salían grandes llamaradas. No sin esfuerzo logró apagar el incendio, evitando así que la monja pereciera de verdad.

Al cabo de cuatro días Teresa despertó, y sus primeras palabras fueron para quejarse de que la hubieran despertado, diciendo que volvía del cielo, que había visto el infierno, y también los monasterios que por su mediación se fundarían.

Al volver en sí tenía la lengua destrozada de tanto habérsela mordido, la garganta ulcerada y el cuerpo encogido, pues los miembros carecían de movimiento. Solamente podía mover un dedo de la mano derecha, pues el resto de su cuerpo estaba paralizado.

En ese estado se hizo conducir nuevamente al convento de la Encarnación donde su convalecencia duró tres años. Al cabo de esos tres años, "cuando ya pude andar a gatas — ha dicho ella misma — alababa al Señor".

UN NUEVO DOLOR

En aquellos tiempos, la clausura en los conventos estaba muy lejos de ser severa. Las señoras que a ellos acudían a hacer oración entraban y salían con toda libertad, lo mismo que sus sirvientas, y también iban al convento personas de

ambos sexos a conversar con las monjas a través de las rejas, durante todo el tiempo que les placiera. Esta costumbre de platicar con los visitantes gustaba sobremanera a Teresa, cuya conversación era sumamente amena y graciosa, y así fué poco a poco alejándose de su devoción para interesarse de nuevo en las cosas del mundo. Concurría frecuentemente a conversar con ella un vecino de Ávila, a cuyo trato se había aficionado mucho la monja. Estos pasatiempos, si bien inocentes, dejaban mucha amargura en el alma de Teresa, sin que por eso renunciara a ellos, ya que su amor propio, y el deseo de bien parecer, se lo impedían. Lloraba mucho encomendándose a Dios y pidiéndole perdón durante sus oraciones, pero acudía luego a la reja cuando los visitantes la requerían. Estaba ya, aunque enferma siempre, bastante repuesta de sus dolencias, y había recuperado su notable belleza, de cuyo cuidado se preocupaba la monja con demasiado esmero.

Cierto día, mientras platicaba con el caballero de quien hemos hablado, se le apareció la imagen

de Jesús, que la miraba con ojos de extremo rigor. "Víle — ha dicho ella —con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los ojos del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha de esto más de veintiséis años, y me parece lo tengo presente."

Comprendió la monja aquella advertencia divina, y por cierto tiempo dejó de acudir a la reja. Pero juzgando poco después que la aparición había sido ilusión suya, y mal aconsejada por su rebelde vanidad, cierto tiempo después reanudaba sus pláticas. Pero he aquí que otra vez, mientras se hallaba conversando con la misma persona vió que avanzaba hacia ellos una alimaña feísima, con forma de sapo aunque mucho más grande y que caminaba con rapidez. Teresa, asustada interrumpió su plática y huyó a refugiarse en la capilla, en la que había una imagen del *Ecce Homo*. Allí la monja se arrodilló ante la imagen y vió que ésta tenía los ojos fijos en ella. "Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas — ha dicho —, que el corazón parece se me partía, y arrojéme cabe Él con

grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle".

Durante cierto tiempo vaciló todavía la fe de la monja, pues por un lado le atraían poderosamente las cosas de Dios y por el otro le reclamaban las del mundo.

Un nuevo dolor, una pena muy honda, estrujó entonces el corazón de Teresa, obligándola a volver, y esta vez definitivamente, al buen sendero: la muerte de su padre, acaecida el 24 de diciembre de 1543. Al enterarse de que su anciano padre se hallaba muy grave, abandonó la monja su clausura para acudir a su lado y cuidarlo. "Parecíame — dice la Santa — se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho."

Muerto su padre regresó al convento con nuevas y más altas disposiciones, y fué entonces cuando, según sus propias palabras, "los lazos se rompieron y pudo ser ya toda de Dios".

¿DIOS O DEMONIO?

"Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que parecía, porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras".

Esto escribió la Santa refiriéndose a aquella época de su vida y al cambio que entonces experimentó. Comenzó entonces otra de constante oración y arrobamiento. Ocurríale que, a mitad de una conversación o durante sus ocupaciones, se quedaba en éxtasis, deleitándose en la contemplación de visiones celestiales. En cierta ocasión, otra monja, para cerciorarse de que ese arrobamiento era real, le hincó un alfiler en un brazo hasta hacerle sangre, sin que Teresa hiciera el menor movimiento.

Había en aquella época en toda España gran cantidad de *iluminados* y mixtificadores del misticismo, que aseguraban comunicarse con Jesús,

la Virgen y los santos, quienes les revelaban lo que ocurría en el cielo y les daban órdenes para su conducta. A tal extremo llegaron las patrañas y absurdos de estos *iluminados* que el tribunal de la Inquisición se vió forzado a perseguirlos y castigarlos.

La noticia de los éxtasis de Teresa comenzaron a circular por el convento y ser conocida en toda la ciudad, con lo que la monja pasó a ser motivo de mil comentarios, favorables unos y perversos los más. Sus mismas compañeras de claustro la perseguían con murmuraciones, diciendo de ella que "se hacía la santa" y que "esos extremos eran para engañar al mundo y hacer ruines a los otros".

Indiferente a estos ataques y murmuraciones, la monja proseguía en sus oraciones y arrobamientos. Y el resultado era que las persecuciones arreciaban, hasta el extremo de que se llegó a afirmar de ella, que estaba endemoniada.

Humilde como era, y desconfiada de sí misma a pesar de su talento, acudió Teresa al consejo de sus confesores. ¿Era en verdad Jesús aquella vi-

sión que se le aparecía y le hablaba, o era el demonio? Para dilucidar esta duda terrible se dirigió a muchos sacerdotes y el resultado fué que aumentó su confusión. Unos le decían que era Dios y otros afirmaban que era el diablo. Uno de sus confesores le aconsejó que cuando se le aparecieran tales visiones y aunque tuvieran la forma de Cristo, hiciera la Señal de la Cruz y *les diera higas* (*).

Teresa, humilde y disciplinada, cumplía al pie de la letra, con harto dolor de su alma, las indicaciones de sus confesores. Pero antes de hacerlo, pedía licencia y perdón a Dios, segura como estaba de que aquello no era cosa del demonio.

Dos visiones llegaron pronto a confirmárselo. La primera fué en su celda, mientras permanecía en oración. Se le apareció Jesús, tan cerca, que ella se sintió invadida de extraño temor y, para obedecer a sus confesores, tomó un crucifijo y se lo presentó. Era una cruz formada de cuatro cuentas de ébano, de forma alargada. Sonrió Je-

(*) *Hacer la higa al diablo*: espantarlo con un ademán que consiste en cerrar el pulgar entre el índice y el dedo medio.

sús con indulgencia y, tomando la cruz de manos de la monja la retuvo un instante en las suyas y se la devolvió. Pero la cruz ya no era de ébano. "La formaban — ha dicho la Santa — cuatro piedras grandes, muy más preciosas que diamantes sin comparación, porque diamante parecería a su lado cosa contrahecha e imperfecta. Tenía las cinco llagas de muy linda hechura."

La segunda visión fué la de un ángel y la Santa la ha contado así: "Veía un ángel cabe mí al lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. Esta visión quiso el Señor la viese así. No era grande sino pequeño; hermoso mucho; el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros y de otros a otros que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un po-

co de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba abrasada toda en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento."

Sus dolorosas incertidumbres tuvieron fin durante una entrevista que tuvo con Fray Pedro de Alcántara, que más tarde sería también santificado. Este sabio y austero sacerdote comprendió bien a la monja. "Casi a los principios ví que me entendía por experiencia" — ha dicho ella —. Y la consoló asegurándole que nada tenía que ver el demonio en sus visiones y que muy por el contrario, eran de Dios. Y no se conformó el sacerdote con eso, sino que habló a los confesores de

Teresa, haciéndoles comprender la pureza de espíritu de la monja. Se resistieron todavía algunos a darle crédito, pero era tanto el prestigio de San Pedro de Alcántara en materia de religión, que por fin se vió la visionaria libre de persecuciones.

IV

LA REFORMADORA

Ya hemos visto el ambiente mundano que reinaba en el convento de la Encarnación, donde las monjas recibían visitas, vestían con cierto lujo y hasta disponían de dinero facilitado por sus parientes, para sus gastos menudos y sus golosinas. Este ambiente y estas costumbres mortificaban grandemente a Teresa, pues deseaba otro más silencioso y austero para sus oraciones y meditaciones.

Una tarde, hallábanse reunidas en la celda de la monja sus parientas María de Cepeda, Inés y Ana de Tapia, María y Leonor de Ocampo acompañando a Teresa. En el curso de la conversación

se habló del abuso de libertades que prevalecían en el ambiente del convento y de los inconvenientes de que en él hubiese tal cantidad de monjas, así como de la improcedencia de que éstas recibieran visitas de seglares. Y se llegó entonces a comentar la conveniencia de que se iniciara una reforma siguiendo el ejemplo de las antiguas ermitañas de los tiempos de San Alberto de Jerusalén. María de Ocampo, una jovencita que se educaba en el convento como *doncella de piso* (que así se llamaban), rompió el silencio diciendo:

—Bien, y si esta vida que llevamos descontenta a todas, ¿por qué no hemos de hacer un monasterio de estrechez como el de las ermitañas descalzas?

—Por muchas razones — repuso Teresa sonriendo —; pues si se consiguieran las licencias necesarias, ¿con qué dinero levantaríamos la casa?

—Madre — replicó la jovencita —, haga usted un monasterio como el que deseamos, que yo ayudaré con mil ducados de mi legítima.

Y otra visitante habitual, doña Guiomar de

Ulloa, que llegaba en ese instante y fué impuesta de lo que se trataba, dijo a su vez:

—Hágase el monasterio en buena hora, que yo ayudaré también con lo que pueda.

Teresa tomó el asunto con aparente frialdad, aunque ése era el más ardiente deseo de su corazón. Pero ya imaginaba la inteligente monja la terrible oposición que se le haría. Mientras se hallaba en esta incertidumbre, dice: "fueron muchas las veces que el Señor me tornó a hablar de ello", es decir, que lo procurara con todas sus fuerzas, según le había dicho durante una visión anterior.

PERSECUCIONES

Resuelta a llevar adelante su idea, solicitó la madre Teresa la opinión de su confesor, el Padre Baltasar Álvarez. Escuchó éste a la monja y le indicó que se dirigiera al Superior Provincial del Carmen, Padre Gregorio Fernández. Contra lo que Teresa esperaba, el Provincial recibió la idea con entusiasmo, dando su permiso para que se fundara el convento. San Pedro de Alcántara, a quien también consultó, se manifestó entusias-

mado, aconsejando que se solicitara su anuencia al Oficial General de la Orden.

Pero todo fué conocerse estas opiniones y consentimientos y trascender la idea de la fundación, y alzarse dentro del convento y por toda la ciudad una terrible gritería contra Teresa y sus compañeras. Escuchemos lo que a propósito de esto ha dicho la Santa: "No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la persecución que vino sobre nosotros; los dichos, las risas, el decir que era disparate. A mí, que bien me estaba en mi convento; a la mi compañera tanta persecución que la tenían fatigada. Yo no sabía qué hacer; en parte me parecía que tenían razón". La bulla y la rechifla produjeron su efecto. "Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mesmo monasterio, que al Provincial le pareció recio ponerse contra todos, y ansí mudó el parecer, y no la quiso admitir; dijo que la renta no era segura y que era poca, y que era mucha la contradicción, y en todo parece tenía razón, y, en fin, lo dejó y no lo quiso admitir".

La Madre Teresa y doña Guiomar de Ulloa, en-

tusiasmadas con la licencia del Provincial habían ya adquirido una casita donde se iba a instalar el nuevo monasterio, pero todo se vino al suelo como un castillo de naipes. Esta compra y los planes de la Reformadora, aunque se llevaron en secreto, no tardaron en conocerse dentro del convento y propalarse por la ciudad con el resultado que hemos visto. Y no bastó que el Provincial hubiera retirado su autorización, pues se sabía que había sido solicitado a Roma un Breve, que autorizara la fundación. Había que proseguir con el escándalo para evitarlo. Las monjas de la Encarnación, en su mayoría, afirmaban que Teresa las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había en el convento otras mejores que ella; que todo se debía a su falta de amor a la casa. Algunas proponían que se la metiera en la cárcel. Otras, muy pocas, la defendían.

Y todo ese alboroto y esa furia desatada contra Teresa, obedecía, tan sólo, a que la monja y sus compañeras querían llevar una vida más recogida, con mayor pobreza y aislamiento, sin contacto con las gentes del mundo que a toda hora

invadían el convento poblándolo de intrigas, chismes y discordias. Querían, en suma, consagrarse a Dios de verdad.

DOS VISIONES

La fundación del monasterio se continuó en secreto. Comprada la casita a nombre de Juan de Ovalle, esposo de Juana de Ahumada, hermana de Teresa, resultó demasiado estrecha para las trece monjas que debía contener. Teresa pensó en adquirir otra casita contigua para transformarla en iglesia del convento, pero... ¿con qué se compraría si no tenían un céntimo? Desamparada por todos, perseguida, mal podía pedirlo públicamente para aquel objeto. Sin embargo, así, falta en absoluto de recursos, sin más ayuda que la que le venía del cielo, adquiría materiales y contrataba obreros, que alguna vez se pagarían, si Dios no la abandonaba.

Cierta vez vacilaba en contratar dos oficiales albañiles, pues no tendría con qué pagarlos, y se le apareció San José diciéndole que los contratase, que no le faltaría dinero para pagarlos. Así lo

hizo, y el dinero llegó a su tiempo providencialmente.

En otra ocasión se lamentaba la monja porque no podía adquirir la casita vecina. Acababa de comulgar y tuvo entonces la visión del Señor que le decía:

—Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh codicia del género humano, que aún tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener adónde meterme!

EL HERMANO DE AMÉRICA

La casita se compró y se hizo la iglesia. ¿Con qué dinero?

Don Lorenzo de Cepeda, hermano de Teresa que había partido tiempo atrás para América, se había establecido en Quito, capital del Ecuador, donde se casó con doña Juana de Fuentes y Espinosa.

En cierta ocasión, hallándose ausente de Ávila, Teresa escribió a su hermana Juana de Ahumada una carta en la que le decía: "Pidan mucho Sus Mercedes a Su Majestad que pronto sepamos

de la señoría de nuestro hermano don Lorenzo, para que así podamos ver bien pronto terminados nuestros negocios."

¿A qué se debía este recuerdo de la monja?

Cierto día, mientras se hallaba en oración, puso Teresa el pensamiento en el hermano ausente, rogando a Dios que le mantuviera en salud y fiel a sus sentimientos religiosos. En ese instante se sintió transportada en espíritu a la casa de don Lorenzo, donde se hallaban junto al hogar éste, su esposa y los dos hijitos de ambos. El menor de los niños estaba en brazos del ama, quizá alguna india. ¿Tuvieron también ambos esposos, en ese instante, la visión de la Santa? Aventurado sería afirmarlo. Pero lo cierto es que, al poco tiempo, justamente el necesario para que llegara un barco desde el instante de la visión, a fines de 1561, recibió Teresa, de manos de dos mercaderes que llegaban de América, una considerable cantidad de ducados.

Teresa le escribió de inmediato, diciéndole: "Creo que fué movimiento de Dios el que Vuestra Merced ha tenido de enviarme dineros; por-

que para una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada, bastaba los que había traído Juan Pedro de Espinosa y Varona, para salir de necesidad por algunos años...".

CONTRA VIENTO Y MAREA

Los detalles de la construcción y arreglo de la casa hacían necesaria en ella la presencia de la Fundadora. Y aunque ella acudía con el mayor sigilo y tomando precauciones para no ser vista, sus visitas a la casa se divulgaban y comentaban en el convento y entre los vecinos.

Un ejemplo de la violencia que alcanzó a tener esta guerra de zapa, lo tenemos en la siguiente anécdota:

Hallábanse un día Sor Teresa y doña Juana de Ovalle en la iglesia de Santo Tomé de los Dominicos, cuando el sacerdote que predicaba se desató en improperios contra los proyectos de Teresa y ella misma, diciendo que las monjas que salían de sus monasterios, lo hacían para dar rienda a sus libertades, con el pretexto de

fundar nuevas Ordenes. Y agregó tales cosas durísimas, que Juana de Ovalle se retiró indignada, haciendo el propósito de regresar a su casa y abandonar la fundación. Mientras pensaba estas cosas Juana miró de soslayo a su hermana, y vió que Teresa sonreía serenamente, como si la alusión no fuera para ellas.

Teresa, en contacto con Dios, estaba muy por encima de las miserias humanas. Es así como pudo decir de ella Fray Luis de León: "Con lo que a esta Santa le sobra para su canonización, se podrían canonizar muchos santos".

En otra ocasión se había levantado, a costa de grandes sacrificios, un trozo de muro en la casita. Una mañana, al llegar los operarios, encontraron el muro en el suelo. Quién sabe qué manos impías lo habían derrumbado durante la noche. Juan de Ovalle quiso reprender a los operarios, culpándolos de haber dado al muro poca solidez; pero Teresa le dijo, con esa serenidad que no perdía jamás:

—No porfíe con esos oficiales que no tienen ellos la culpa. Muchos demonios se han juntado

esta noche para derribarla. Calle y págueles para que la levanten de nuevo.

Y como doña Guiomar de Ulloa comenzara a afligirse cuando llegó y vió la pared por los suelos, Teresa le dijo:

—¿Decís que se ha caído la tapia? Pues si se ha caído, levantarla.

La noche de Navidad de 1561 llegó por sorpresa una orden del Padre Provincial: se le intimaba, bajo precepto de obediencia, que se pusiera sin dilación alguna en viaje hacia Toledo, y se encaminara al palacio de Medinaceli, donde su presencia era necesaria. Y esto ocurría, precisamente, cuando la obra, bajo la inmediata dirección de la Madre, tocaba a su fin. La orden, sin duda alguna, provenía de las fuerzas sordas que se habían confabulado en contra de la Reforma.

Durante sus oraciones consultó el caso con el Señor y supo que era Su Voluntad que no dejara de ir a Toledo. Se puso, pues, inmediatamente en camino, pero no sin dejar órdenes bien precisas y minuciosas para que la casa se hallara a su regreso en condiciones de hacer la fundación, si

llegaba, como esperaba la monja, el breve solicitado a Su Santidad.

SE ABRE EL MONASTERIO

El viaje de Teresa a Toledo tenía por objeto acompañar a cierta señora aristocrática que acababa de enviudar y, como necesitaba consuelo, y tenía oídas grandes alabanzas acerca de la Madre Teresa, la había solicitado.

Tiempo después, cuando la susodicha señora se hubo resignado y recibió la autorización para regresar a Ávila, Teresa se puso en camino, pues tenía ardientes deseos de proseguir las obras de la Reforma.

Ya estaba la casa lista, pero todo era inútil. ¿Cómo fundar en ella el monasterio de Descalzas contra la voluntad del Provincial? Y lo peor del caso era que no había llegado aún el Breve que se esperaba de Roma. Pero aquí ocurrió algo verdaderamente providencial. Al día siguiente del arribo de la Madre a Ávila, se presentó en su celda doña Guiomar de Ulloa, radiante de alegría que le fluía en lágrimas por los ojos, pidiendo albri-

cias. ¡El Breve, el suspirado Breve había llegado por fin! Y decía así: "A las amadas en Cristo doña Aldonza de Guzmán y Guiomar de Ulloa, mujeres ilustres, viudas, vecinas de la ciudad de Ávila, que, movidas con celo de devoción y para alabanza y honra de Dios, desean edificar en la dicha ciudad un monasterio de monjas del número, y con la advocación que bien visto les fuere, de la Regla y Orden de Santa María del Monte Carmelo, debajo de la obediencia y correpción del Venerable en Cristo Padre, por la gracia de Dios Obispo de Ávila que por tiempo fuere, con iglesia, campanario, campanas, claustro, refitorio, dormitorio, huerta y otras oficinas necesarias." En el Breve no se mencionaba a Sor Teresa, pero tampoco ella lo consideró necesario, ni las personas que con ella compartirían el retiro del monasterio. Sus títulos venían de más alto.

Ya estaba el convento para ser inaugurado, y veamos cómo era, pues lo ha descripto bien claramente Fr. Julián de Ávila, al referir la entrada en él de la Madre Teresa: "Y entrando que entró en la portería, junto a ella estaba una reja de

palo, e muy cerca de la reja estaba el altar, aunque con decencia, pero con harta pobreza y estrechura; porque en portería y coro, adonde el Santísimo estaba, no me parece a mí habría arriba de diez pasos; representaba bien el portalico de Belén. Al lado de la mano izquierda, dentro de la reja que dividía la portería y el coro donde estaba el Santísimo Sacramento, casi junto al altar, estaba otra rejica de palo, que hacía el coro de las monjas. Estaba todo junto, que casi no había pasos que dar para ir de una parte a otra."

La mañana del día 24 de agosto de 1562, quedó fundado el primer convento de Descalzas, y con él colocada la piedra fundamental de la Reforma. Una campanita que apenas pesaba un kilo, y que para mayor pena tenía un agujero que la hacía aún menos sonora, llamó ese día por primera vez a los fieles de los contornos, a la misa inaugural del convento. En la capillita, a la que acudieron algunos vecinos, hallábanse desde temprano Inés y Ana de Tapia, primas de Teresa; Gonzalo de Aranda, Julián de Ávila, don Francisco de Salce-

do y don Juan de Ovalle con su esposa Juana de Ahumada.

"Hacia las ocho o las nueve — dice el P. Alberto Riesco —, el maestro Daza subió al altar y después de las oraciones de la iglesia, en el solemne instante de la consagración, llamó al Dios de los humildes y de los corazones castos, que, oyendo su conjuro, bajó del cielo y descendió al jardín de azucenas, para no salir nunca de él".

Se procedió luego a la admisión de las cuatro novicias que, junto con la Madre Teresa poblarían en adelante el minúsculo monasterio...

"Y doña Teresa de Ahumada — sigue diciendo Fray Alberto Risco —, la que con lágrimas de sus ojos había amasado aquellos aún no terminados muros; la que con penas y amarguras había ido alzando aquel altar y aquel como y aquellas rejas de pino; la que a poder de contradicciones y befas y escarnios había ido juntando las pajitas, muelles y blandas de aquel portalico de Belén, donde a la sazón estaba naciendo la santa, la espiritual, la sagrada Reforma Carmelitana, aquella mujer varonil y tierna, como mujer de alma

española y de solar castizo, dejaba correr hilo a hilo el llanto por sus mejillas...".

EL MANOTÓN DEL DIABLO

Esa noche, en el instante en que terminada la mísera refacción se retiraba la madre a descansar, suenan golpes a la puerta. Es un recado del convento de la Encarnación, ordenándole que se presente en él en seguida.

Bien sospechó la Madre los motivos de aquella intempestiva llamada, pero disimuló su inquietud, para no alarmar a las cuatro monjitas que acababan de tomar el hábito y temblaban de miedo. Las tranquilizó haciendo bromas como tenía por costumbre, eligió la de mejor temple designándola priora mientras durara su ausencia, y se encaminó a paso vivo hacia la Encarnación.

La noticia de la fundación del monasterio de San José había cundido por toda la ciudad y llegado al convento, donde produjo un enorme revuelo, mezcla de acusaciones, dicterios, risas y burlas. Pensaba por el camino la Madre Teresa que sería encerrada en la cárcel, sometida al tri-

bunal de la Inquisición y castigada, y se alegraba con todas estas perspectivas, pensando que Jesús había padecido más, mucho más, y que ella podía ofrecerle el tributo de ese sufrimiento. Sin embargo, aunque no muy bien, no fué tan mal recibida. Se le ordenó, eso sí, que guardara clausura en su celda, mientras se le seguía un juicio "por la falta cometida". Era tan estrepitosa la gritería levantada en la ciudad por la fundación del pequeño convento, que las autoridades eclesiásticas no podían hacer otra cosa que iniciar el sumario.

LA FUERZA INÚTIL

Hemos dejado en el convento a las cuatro monjitas, llenas de miedo por las extrañas circunstancias que rodearon la salida precipitada de la priora. Faltas de experiencia, recién iniciadas en la vida religiosa, fácil es comprender el estado de angustia en que se encontrarían. Y eso que estaban lejos de sospechar lo que muy pronto iba a sucederles.

Las protestas a que dió lugar entre el vecin-



Llenas de miedo se asomaron a la reja las cuatro monjitas.

dario la fundación del convento, llegaron a oídos del corregidor de la ciudad y también del regidor, quienes, con el auxilio de varios corchetes, y seguidos por la turba bulliciosa, se presentaron esa misma tarde ante las puertas del convento. A los golpes que dieron en ella, se asomaron a la reja, llenas de miedo, las cuatro monjitas.

—En nombre de la ley —dijo el corregidor,— os intimo que salgáis de esta casa y que cada una de vosotras se retire a la suya propia.

Ursula de los Santos, que hasta ese instante había temblado de temor, se sintió de súbito dueña de una energía de la que jamás se hubiera imaginado capaz. Pensó que ella era la priora interina, y, por lo tanto, la responsable ante la Madre Teresa de lo que allí pasara. Y respondió con firmeza:

—Nosotras estamos aquí con la venia del señor Obispo, y no saldremos si no es por mano de quien aquí nos ha metido.

—Os advierto — dijo entonces con impaciencia el corregidor —, que si no os allanáis a salir

de buen grado lo haréis por la fuerza, pues quebrantaremos las puertas.

—¡Pues hacedlo en hora buena! — exclamó Ursula. — Pero que quien lo haga mire bien primero lo que hace.

Y señalaba la imagen de Jesús Sacramentado, colocado allí cerca, sobre la portería. El aplomo y la resolución de la monja, y el temor de cometer un acto de impiedad, desarmaron al corregidor y los suyos, y no tuvieron más remedio que retirarse, dejando por el momento las cosas como estaban.

Cerca de ocho meses permaneció la Madre Teresa alejada de su pequeño y querido convento: los que duró el proceso instruído con el propósito de clausurarlo. Grandes influencias mediaron en pro y en contra de la Madre; entre las primeras, y en apelación suprema, la del rey de España, Felipe II. El principal argumento alegado por los adversarios del pequeño monasterio, era el de que carecía de rentas para sostenerse decorosamente. ¡Rentas! Si precisamente lo que las monjas querían era vivir en la mayor estrechez, pasando la

mayor suma posible de penurias por amor de Dios; comiendo lo que de limosna les dieran, y pasando hambre si nada les daban.

Triunfó por fin la Madre Teresa y pudo regresar a su convento para la Cuaresma de 1563. Cuatro monjas de la Encarnación salieron con ella, pues durante su clausura no había permanecido ociosa. Eran éstas: Ana de San Juan, Ana de los Ángeles y María Isabel e Isabel de San Pablo.

Iba la Madre Teresa nuevamente para su convento, y ahora con las licencias necesarias para dirigirlo. Julián de Ávila, de quien ya tenemos noticias, y que acompañó a la Madre en el camino de regreso, ha contado así la llegada de Teresa a su convento: "Llegó la Santa Madre al conventito de San José, y abriendo la reja del coro de acá afuera, postróse delante del Santísimo Sacramento, antes que en el monasterio entrase, e puesta en arrobamiento, vió a Jesucristo que la recibía con grandísimo amor e púsola en la cabeza una corona, agradeciéndola lo que había hecho por su Santísima Madre".

Imposible describir la alegría que Madre e hijas experimentaron al volver a verse después de aquellos largos y angustiosos ocho meses de separación. Teresa recibió a las cuatro monjas en sus brazos, y sin decir palabra, con el pensamiento puesto en Dios, se confundieron sus lágrimas.

V

LA FUNDADORA

Ya está de nuevo la Madre Teresa en su conventito, entregada a la dirección de su pequeño rebaño. Ahora podrá cumplir sus grandes, sus anheladas aspiraciones, que son: encerramiento, paz y pobreza, para servir a Dios según las verdaderas reglas de la Orden.

El pueblo, que al principio había hecho tanta guerra el nuevo convento, comenzó poco a poco a dispensarle su simpatía y su devoción, concurriendo a misa y hasta favoreciendo a las monjas con sus limosnas. No se podía pedir más de la misericordia de Dios. Tenían las religiosas todo cuanto ambicionaban, y la Madre Teresa era feliz.

Bien podía pues, al cabo de las grandes tribulaciones padecidas, consagrarse a la oración y a la contemplación de las imágenes celestiales.

Ah, pero la mujer extraordinaria estaba destinada a mayores y más penosas empresas. Su conventito no era una simple casa de religiosas; era el comienzo de una obra colosal, que modificaría, bien pronto, la fisonomía religiosa de España, trascendiendo las fronteras y extendiéndose por todo el mundo católico.

LA VIDA EN EL "PALOMARICO"

Como no existían en el convento hermanas legas o coadjutoras, se distribuían entre las monjas todos los quehaceres de la casa por semanas, sin que a la regla escapara la Madre Priora, que era una cocinera expertísima.

"Acaecía a veces — ha contado una de las monjas — haber sólo un huevo o dos o cosa semejante, para dar a todo el convento, y diciendo que esto se diese a quien tuviese más necesidad, pareciéndonos que ella era quien más la tenía, por ser mujer de muchas enfermedades, con todo,

nunca admitía que se lo diesen, diciendo que ella no tenía necesidad para ello, porque sus hijas lo comiesen, que en quitarles a ellas el trabajo y tomarle para sí tenía extremos".

No siempre la caridad popular se manifestaba con soltura. Con frecuencia se encontraba exhausta la despensa del convento, y las monjas pasaban hambre. Entonces ocurría... Veamos lo que ha dicho la Madre Teresa: "Y si alguna vez no había para todas el mantenimiento, diciendo yo que fuese para las más necesitadas, cada una le parecía no ser ella, y ansí se quedaba hasta que Dios enviaba para todos".

El alimento que no faltaba jamás era el espiritual, que la buena Madre repartía a manos llenas entre sus hijas, mientras se hallaban reunidas hilando o cosiendo. Eran pláticas sencillas, graciosas, llenas de ingenio y sabiduría, que las ayudaban a sobrellevar las mayores calamidades y a perseverar en sus votos. Se trataba en cierta ocasión de la tendencia a excusarse que tienen los humanos cuando se les hace algún cargo. Entonces dijo:

—Muchas veces os lo digo hermanas, que en

esta casa, y aún toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de *razón tuve, hiciéronme sinrazón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo*... ¡De malas razones nos libre Dios! ¿Parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriere tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, donde aún no le guardarán esas razones".

PARÁBOLA DE LA SEDA

En cierta ocasión hablaba de la unión con Dios por la transformación del alma mediante la oración, y les dijo:

—Para darlo a comprender me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin. Ya habréis oído las maravillas del Señor, en cómo se cría la seda que sólo Él pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que es manera de granos de pimienta pequeños, que yo nunca la he visto sino oído, y ansí, si algo fuese torcido no es mía la culpa, con el calor, en comen-

zando a haber hojas en los morares, comienza esta simiente a vivir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta; y con hojas de moral se crían, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas, y allí, con las boquillas van de sí mesmas hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, donde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mesmo capucho una mariposica blanca, muy graciosa. Mas si esto no se viese, sino que se nos contase de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? Pero, tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, ansí, de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma, que está muerta en su descuido y pecados, puede tener. Entonces empieza a vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues crecido este gusano comienza a labrar la seda y edificar

la casa donde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí que es Cristo. En una parte me parece haber leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios, que todo es uno, o que nuestra vida es Cristo. En que esto sea o no, poco va para mi propósito. Pues veis aquí, hijas mías, lo que podemos con el favor de Dios hacer, que Su Majestad mesmo sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras... Pues ea, hijas mías, apriesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad. Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fué criado, y veréis cómo vemos a Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza como lo está este gusanillo en su capucho. Mirad que digo ver a Dios; como dejo dicho que se da a sentir en esta manera de unión. Pues veamos qué se hace este gusano que es para lo que he dicho todo lo demás; que cuando está en esta oración, bien muerto está en el mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida

en la grandeza de Dios y tan junta con Él! Yo os digo de verdad, que la mesma alma no se conoce a sí; porque mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposica blanca, que es la mesma que hay acá".

GRANDES COSAS

Cuatro años de esta vida tranquila y dulce llevaba la Madre Teresa en su conventito de San José, cuando acertó a llegar a Ávila el religioso franciscano Fray Alonso Maldonado, Comisario General de las Indias Occidentales. Visitó el religioso el convento de las Carmelitas y habló allí de los millones de almas que en América se perdían por falta de doctrina.

Impresionaron vivamente a Teresa las palabras del franciscano, y se encaminó una tarde a una ermita, donde, con lágrimas en los ojos, rogó a Dios que le permitiera el don de rescatar algunas almas, ya que tantas se perdían en el mundo.

Esa noche tuvo la visión de Jesús y oyó su voz que le decía:

—Espera, hija, que pronto verás grandes cosas.

Algún tiempo después llegó a España, llamado por el rey Felipe II el General de la Orden del Carmen, para reformar las órdenes religiosas. Durante la jira que el General realizó por España llegó a Ávila y visitó, invitado por el Obispo, el convento de San José. El General se quedó vivamente sorprendido ante el espectáculo que veían sus ojos. Él había llegado con el ánimo de reformar los conventos de España de acuerdo con la antigua Regla, y se encontraba con aquél perfectamente reformado. Se llenó de alegría el General y, cada rato que sus ocupaciones le dejaban libre, lo pasaba en el convento, departiendo con la Madre Teresa y sus monjas. Así fué cómo comprendió la lucidez del talento y la pureza de los sentimientos religiosos de la Reformadora. Durante una de esas conversaciones, pidió la Madre al General que le permitiese fundar nuevos monasterios con las mismas costumbres y constituciones del de San José. Accedió gustoso el Padre Rubeo y firmó varias patentes para fundar conventos de monjas. Y preguntado por Teresa acerca de la cantidad de conventos que podría fundar, el Ge-

neral le respondió que "tantos como cabellos tenía ella en la cabeza".

Ya se realizaban, pues, las grandes cosas de que había hablado la visión a la Madre Teresa.

Las patentes fueron expedidas para fundar nuevos monasterios "en cualquier lugar del reino de Castilla".

Cuando el General regresó a Madrid habló a Felipe II del monasterio de San José con grandes elogios, y el rey pidió al sacerdote que encargase a la Madre Teresa, que, en sus oraciones, lo encomendase a Dios y rogara por él y sus reinos.

El General cumplió el deseo del monarca. Cuando Teresa recibió la carta de Rubeo transmitiéndole el pedido real, la leyó a sus hijas instándoles a que cumplieran los deseos de Su Majestad. En cuanto a ella, lo hizo durante toda su vida.

Mucha mayor extensión deseaba la Santa imprimir a la Reforma en España, y escribió al General, pidiéndole autorización para fundar también monasterios de hombres. La respuesta consistió en una patente para fundar dos conventos de frailes, bien en Castilla la Nueva o la Vieja.

Ya estaban en principio cumplidos todos los deseos de la Madre Teresa, pero... Veamos cómo comenta ella su situación en aquel instante: "Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlos por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que, pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro: ya todo me parecía muy posible y ansí lo comencé a poner por obra".

EL SEGUNDO CONVENTO

El segundo convento fué fundado por la Santa en Medina del Campo. Eligió aquel lugar porque en él residía su antiguo confesor Fr. Baltasar Álvarez, que la ayudaría en la empresa. Sin tener un céntimo, siempre confiada en la ayuda de Dios que nunca le faltó, compró por intermedio del prior de los Carmelitas Descalzos una casa destartalada que al fraile le pareció de perlas para el convento. Era una casona de zaguán ancho y formada por "unos retazos de edificios que habían sido aposentos y salas, y una escalera que en

algún tiempo sirvió. Lo demás eran ruinas y montones de tierra de lo que se había caído". Por su parte Julián de Ávila alquiló otra casa para residencia de las monjas, y en ella pensaron hacer la fundación, mientras la otra se restauraba, pues Teresa deseaba ver fundado el convento el día de la Asunción que era el 15 de agosto.

Cuando se supo en Medina del Campo que se preparaba la nueva fundación, comenzaron las murmuraciones. Se decía que la Madre Teresa estaba loca... Estas hablillas llegaron a oídos de la Madre pero no les prestó oídos. Nombró priora de San José a la Madre María de San Jerónimo, y el 13 de agosto salió de Ávila rumbo a San Antonio acompañada por Fr. Julián de Ávila y varias monjas.

En cuatro carros cubiertos de toldos salieron de San José, llevando ropas, enseres de cocina y otras cosas necesarias. Julián de Ávila iba a caballo y, a uno y otro lado de los carros, varios mozos de a pie.

En San Vicente, donde debían pasar la noche,

recibieron un mensajero del prior de los Carmelitas, avisándoles que no salieran las monjas del convento hasta nuevo aviso, pues los frailes Agustinos, que vivían cerca de la casa adquirida, no consentían que cerca de ellos se hiciese tal monasterio, y que no las dejarían entrar en la casa.

Allí quedó pues la caravana, entrada ya la noche y sin saber qué partido tomar. Por lo pronto, lo que harían, era descansar, que bien lo necesitaban. Así lo dispuso la madre y todas se recogieron en un albergue que tenían preparado de antemano. Al día siguiente fué a recibirlas el prior de los Carmelitas y, enterado de lo que ocurría, aconsejó a la Madre que fundaran el convento en la casa conseguida por él, aunque fuera un montón de ruinas. Más adelante se vería.

Satisfizo a la madre este consejo y dió las órdenes para ponerlo en práctica. Despidió los carros para no entrar en la ciudad con tanto ruido y alboroto y siguieron el camino unos a pie y otros a caballo, dispuestos a entrar en Medina del Campo cuando cayera la noche. La Madre iba en un coche que le proporcionó el obispo. "... Todos

íbamos cargados —— ha escrito Julián de Ávila—, que parecíamos gitanos que habíamos robado alguna iglesia, que cierto, a toparnos la justicia, estaba obligada a llevarnos a todos a la cárcel, hasta averiguar adónde iban a tal hora clérigos, frailes y monjas".

Entre las burlas y las insolencias de los vagabundos que encontraban al paso, llegaron por fin a la casa. Un momento después estaban adentro. Faltaba poco para llegar el día, que era el de la Asunción, y estaban rendidos por el cansancio. Pero, ¿quién iba a pensar en el descanso si pocas horas después debía hacerse la ceremonia de la fundación? ¡Ea!, unos a barrer, otros a colgar paños con clavos que había que buscar por las paredes, otros a colgar la campanita y preparar el altar. Hacía falta también un notario que labrara el acta. Averiguaron dónde vivía uno, y a la madrugada fueron a sacarlo de la cama.

Y pocas horas más tarde, para decirlo con palabras de la Madre Teresa, "El mesmo día de Nuestra Señora de Agosto, ya que amaneció, se tañó a la primera misa, que los que veían tañer la

campanilla y entraban a ver lo que estaba hecho, quedaban medio espantados, ni sabían qué decir. Mirábanse unos a otros; cada cual debía de llamar a sus vecinos y conocidos, de suerte que se llegó tanta gente que no cabían".

FRAILE Y MEDIO

Quedaba pues fundado el convento de Medina del Campo, pero la Madre, aunque alegre, estaba muy lejos de hallarse satisfecha. Un asunto de gran importancia para la iglesia española bullía en su mente sin darle tregua ni sosiego: la reforma de los frailes; conseguir que éstos renunciaran a las comodidades y libertades excesivas de que disfrutaban, para vivir en la pobreza y la humildad, según las antiguas reglas de la Orden.

En busca de consejo acudió la Santa al Prior de los Carmelitas Descalzos, Fr. Antonio de Jesús. Conversó la Madre con él, le expuso sus deseos y propósitos, y el religioso, lleno de alegría, le dijo que desde tiempo atrás no deseaba él otra cosa, y que hasta tenía formado el propósito de retirarse al convento de los Cartujos.

Fray Antonio de Jesús era un excelente predicador y dueño de una vasta cultura, pero excesivamente atildado en el vestir y muy cuidadoso del ornato de su celda. No dejó de advertir esto la Madre Teresa y, franca como era, se lo advirtió al fraile, preguntándole si los propósitos que enunciaba eran verdaderos o simple cosa de burla. El religioso le habló entonces con ardor, insistiendo tanto en la firmeza de sus propósitos, que la Fundadora quedó firmemente persuadida de su sinceridad. Desconfiaba en cambio de la constancia de Fr. Antonio en el caso de que la fundación se llevara a cabo, y no desesperaba de encontrar otro que tuviera más firmes disposiciones.

Por esos días llegó a Medina del Campo un joven sacerdote de 24 años de edad, recién ordenado, que iba a cantar, en presencia de su madre, su primera misa. No se sabe bien cómo tuvo lugar la entrevista entre la Madre Teresa y este joven sacerdote. Lo que sí se sabe es que también él manifestó a la Santa los deseos que tenía de irse a los Cartujos para aislarse bien del mundo. Un compañero de Fray Juan de la Cruz, que así se llamaba

el joven religioso, contó a la Madre maravillas de la santidad de vida que aquél llevaba. La Santa explicó entonces al joven los proyectos que tenía y le exhortó a que esperara la fundación del convento de Carmelitas Descalzos, esforzándose en hacerle comprender el bien que para él y la iglesia resultaría de que contribuyera a fundar la Reforma. Fray Juan de la Cruz le prometió esperar, aunque con la condición de que no habría de ser mucho tiempo.

Cuando terminó la conversación, la madre Teresa salió del locutorio, se dirigió toda alborozada adonde estaban sus monjas y les dijo:

—¡Hijas, bendito sea Dios, que ya tengo fraile y medio para la fundación de mis Descalzos!

¿A qué fraile y medio se refería la Madre? ¿Consideraba medio fraile al joven sacerdote, o bien al Prior de los Carmelitas de cuya vocación desconfiaba?

LA CASITA DE DURUELO

Contaba ya la Madre con dos futuros frailes Descalzos, pero se presentaron algunos inconve-

nientes. Fray Juan de la Cruz debió regresar a Salamanca a terminar sus estudios, y la propia Madre tuvo que ausentarse para ordenar y reformar otros conventos en Alcalá de Henares, Toledo y Malagón. Permaneció luego un mes en su conventito de San José, convaleciente de una grave enfermedad que durante su jira le atacó. Hallándose en él recibió noticia de que en Duruelo, lugarcillo vecino a Medina del Campo, se le proporcionaba una casita para la fundación del convento de Descalzos, y allá se encaminó. Duruelo; ¿dónde queda Duruelo? Esto fué lo que se preguntó cien veces la Madre durante ese día, y lo que preguntó también a los viajeros que hallaba en el camino. "Aunque partimos de mañana — ha dejado escrito —, como no sabíamos el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él. Así anduvimos ese día con harto trabajo, porque hacía muy recio el sol. Cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino; así, llegamos poco antes de la

noche. Como entrábamos en la casa estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente de agosto. (Insectos). Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con un desván y una cocinilla: este edificio todo tenía nuestro monasterio. Yo consideré que en el portal se podía hacer iglesia, y en el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara".

Ya había regresado de Salamanca fray Juan de la Cruz, a quien la Madre Teresa pasó a visitar en Medina del Campo, luego de examinar, a la luz del día, las "dependencias" de la casuchita donde se fundaría el convento. Le descubrió con lujo de detalles todas sus estrecheces, y el santo Carmelita se manifestó sumamente satisfecho con ellas. Pocos días más tarde, en el locutorio de las Descalzas, fray Juan de la Cruz vestía el hábito de la Reforma. Imposible describir la emoción que se apoderó de la Madre en ese instante: Santa Teresa tenía ante sus ojos al primer Carmelita Descalzo. El primero o segundo domingo de agos-

to de 1568, se dijo en la casita de Duruelo la primera misa.

Tiempo después, durante la cuaresma siguiente, yendo hacia Toledo para otra fundación, la Madre Teresa se detuvo en el convento de Duruelo. Encontró en la puerta de la iglesia, barriendo, a Fr. Antonio de la Cruz. Recibió éste a la Santa con expresión de gran alegría, y ella le preguntó:

—¿Qué es esto, mi padre? ¿Qué se ha hecho la honrilla?

Y el religioso se limitó a contestarle, sonriendo siempre:

—Yo maldigo el tiempo que la tuve.

La Madre visitó el convento, y ha narrado así lo que vió: "Nunca se me olvida una cruz pequeña, de palo, para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuese de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; más habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la

iglesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados o sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío y el tejado casi les deba sobre las cabezas), con dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras".

Allí debió convencerse la Santa de la firmeza de vocación de Fr. Antonio de la Cruz. El y Fr. Juan acudían diariamente a predicar a los lugares más lejanos, en pleno invierno, descalzos (pues todavía no se les había ordenado usar alpargatas como después ocurrió) y regresaban al término del día, con el cuerpo entumecido y deshecho pero llenos de alegría, a comer el pan de la limosna que habían recogido en el camino. En toda la comarca escuchó la Madre grandes elogios para la santidad de los dos religiosos, elogios que llenaban de regocijo su corazón. Y comentó:

"Pues cuando yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que a cada parte, me parece, hallaba con qué edificarme, y entendí de la manera que vivían, y con la mortificación y oración y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino a ver un

caballero y su mujer, que yo conocía, que estaba en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacían en aquellos pueblos), no me hartaba de dar gracias a Nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que veía comenzado un principio para gran aprovechamiento de nuestra Orden y servicio de Nuestro Señor".

FIEBRE DE FUNDACIONES

Comienza aquí para la Madre Teresa una vida de febril actividad. No ha terminado de fundar un convento cuando ya la llaman de lugares distantes para fundar otros. Enferma, envejecida pues ya cuenta 54 años, atraviesa ora a pie, ora en carro o a lomo de mula los interminables caminos de las dos Castillas, entre el espeso polvo, bajo un sol de fuego, o bajo la lluvia helada o las tormentas de nieve. La fiebre la consume y los dolores la martirizan. Pero una fuerza íntima y poderosa la sostiene, y es ella, la enferma, quien anima y conforta a sus compañeros, más jóvenes y saludables, cuando vacilan y se desmoralizan.

Fundados los conventos de Valladolid y Duruelo, se dirige a Pastrana, llamada por los príncipes de Éboli para la fundación de otro convento. Tras no pocos inconvenientes que la Madre debe solucionar, se hace la fundación. Mientras tanto, recibe noticias de que la de Toledo, que había dejado bien encaminada, está a punto de fracasar. Entonces se dirige a Toledo. La casa donde debía instalarse el convento está llena de estudiantes de la Universidad y éstos se resisten a abandonarla. Pide la Madre al casero que los desaloje, y ellos se niegan airadamente. Por fin, ya cerca de la noche, los estudiantes abandonan su baluarte y las monjas pueden entrar en él. Era un caserón destartalado y sucio a más no poder. "Como los estudiantes no deben tener esa curiosidad — dijo la Madre refiriéndose a la limpieza —, estaba de suerte que no se trabajó poco aquella noche".

Era, precisamente, la noche de ánimas, y María del Sacramento, la monja que acompañaba a la Madre, se sintió asaltada por el miedo. ¿No habrían quedado escondidos en la casa algunos

estudiantes dispuestos a jugarles una mala pasada? Como la habían dejado llenos de fastidio y profiriendo amenazas... Para conformar a su compañera, la Madre se encerró con ella en un pajar, dándole llave. La monja se tranquilizó algún tanto, pero de pronto preguntó:

—Oiga usted, Madre Teresa... Estoy pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola?

La Madre se sintió contagiada por el temor; pero, para tranquilizar a la compañera le dijo:

—Hermana, si tal cosa ocurriera, pensaré lo que he de hacer. Ahora déjeme dormir.

Se tendieron en la paja... Y como llevaban ya dos noche en vela, no tardaron en dormirse "y el sueño quitó los miedos", como ha dicho luego la Santa.

Asentado el convento, se dirige la Madre a Alba de Tormes llamada por el duque de Alba y funda el convento que más tarde habría de recibir sus restos mortales. Desde allí se retira a Salamanca, donde pasa un año de descanso.

PRIORA DE LA CONCEPCIÓN

Elegida priora del convento de Medina del Campo, la Madre se hizo cargo de ese puesto con gran alegría. Desgraciadamente para ella y sus hijas, poco después recibía la Madre orden de hacerse cargo del priorato de la Encarnación, de aquel convento donde inició su vida religiosa, y en el que había sufrido no pocas contrariedades, por el desamor de sus compañeras. Para Teresa significaba algo así como un castigo la resolución del Visitador. Era abandonar a sus Descalzas, interrumpir su gran obra en plena elaboración, y aprestarse a luchar contra los malos hábitos que con tanto celo había combatido. Bien comprendía la Madre, por anticipado, la guerra que se le haría en el convento donde había sido tan combatida a causa de la Reforma... Sí, pero la Madre Teresa era, ya lo hemos visto, humilde y disciplinada, y se apresuró a dar cumplimiento a la orden.

El 6 de octubre de 1571 llegaba la Madre, acompañada por el Provincial del Carmen al

convento de la Encarnación. Convocado el capítulo, se reunieron las monjas, y el Provincial leyó la patente del Visitador nombrando a la Madre Teresa priora de aquel convento. Apenas había terminado la lectura, cuando un coro de protestas e insultos a la Santa ahogó las últimas palabras del Provincial. De pie junto a éste, serena, sonriente, la Madre escuchaba el griterío de las monjas que la repudiaban. Cuando se hizo la calma, el Provincial preguntó:

—¿Es que no quieren vuestras mercedes a la Madre Teresa de Jesús?

Las monjas callaron. Un profundo silencio siguió a la pregunta del Provincial. Por último, una de ellas, Catalina de Castro, se levantó diciendo:

—La queremos y la amamos.

Honda impresión causaron estas palabras en las monjas. Puestas en pie la mayoría de ellas, repitieron:

—La queremos y la amamos.

Y Teresa quedó consagrada priora de la Encarnación.

LA ORADORA

Al día siguiente, la Madre priora llamó a capítulo conventual. La mayoría de las monjas se presentaron pálidas y medrosas. ¿Qué ocurriría? ¿Comenzarían las represalias por parte de la priora? Por experiencia sabían las monjas de la Encarnación que la Madre Teresa era dulce y buena, pero que no le faltaban energía y resolución. No dejó de causarles sorpresa que no ocupara la silla prioral como era costumbre, sino que estuviera ésta ocupada por una estatua de la Virgen. Santa Teresa estaba sentada a sus pies en el suelo. Cuando todas estuvieron reunidas y se hizo silencio, la Madre se puso en pie y habló así:

—Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada cual lejos de merecerlo.

"Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque a vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer elecciones,

y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora que haría harto si acertase a aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

"Sólo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor; que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras y hermanas mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad.

"Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas o de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades; no hay para que se extrañen de quien es tan propia suya.

"No teman mi gobierno que, aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad de Dios, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande;

pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y deseo".

Con esto terminó el capítulo. La inteligente y amorosa Madre se había ganado con pocas palabras el cariño de todas las monjas. Hasta las que en mayor grado se habían manifestado enemigas suyas, poco tardaron en amarla y obedecerla ciegamente, ganadas por la dulzura y la palabra siempre razonable y persuasiva de la Madre. Poquito a poco, sin que ellas lo notaran, se fué operando la Reforma en el convento. Disminuyeron las idas al locutorio y las visitas de seglares, hubo más orden y disciplina y mayor unión y cariño entre las monjas. Parte en esta saludable transformación fué el nombramiento de confesor hecho por la Madre y que recayó en San Juan de la Cruz, el Descalzo que ya conocemos y que fué inculcando a las monjas de la Encarnación, sin que ellas lo advirtieran, los hábitos y las virtudes de la Reforma.

ANDALUCÍA

Grandes beneficios había reportado a la Encarnación la presencia de la Madre, cuando recibió orden del Visitador de acudir a Salamanca, a procurar nuevo local para el convento, pues el caserón de los estudiantes había resultado malísimo para las monjas y había muchas enfermas. Solucionado esto con la obtención de otro local, se trasladó la Madre a Segovia donde fundó un nuevo convento de Descalzas.

Pero he aquí que de pronto la llaman desde Beas, en Andalucía. Se le plantea la perspectiva de un viaje larguísimo, por tierras y climas desconocidos y con su salud maltrecha. Ah, pero nada hay que la arredre y la detenga en tratándose de fundaciones.

A principios de 1575, salió de Malagón en dirección a Beas. La acompañaban diez monjas, Julián de Ávila, Antonio Gaitán, el sacerdote Gregorio Martínez y varios mozos para los carros.

Larga y penosa fué la travesía, pero se vió compensada con el recibimiento que el pueblo

y el clero tributaron a la madre y sus acompañantes. A la llegada de los carros hubo fiesta y hasta se cantaron saetas y aleluyas. El 24 de febrero de 1575 quedó fundado el convento.

Tres meses después, el 18 de mayo, proseguía la caravana su marcha hacia Sevilla. El viaje fué terriblemente penoso. Un sol de fuego castigaba los toldos y ponía en el interior de los carros ambiente de horno. "Era entrar en ellos como un purgatorio", ha dicho la Santa. Iba ella con fiebre y acosada por fuertes dolores. En las ventas que hallaban por el camino era imposible hospedarse o beber un mísero vaso de agua fresca. Las ventas estaban llenas de borrachos y gentes de mal vivir; en cuanto al agua la cobraban a razón de dos maravedís. En cierta ocasión, como la Madre se hallara muy enferma, no tuvieron más remedio que detenerse en una venta para que descansara y fuera atendida. "Hiciéronme echar en una cama — cuenta ella —, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar, porque parecía de piedras agudas. En

fin, tuve por mejor levantarme, y que nos fuéramos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla".

Y el viaje proseguía... Los carros llevaban una campanilla para indicar las horas de oración, comida, etc., como en el convento. En los momentos de oración, la Madre obligaba a todos a guardar silencio, cosa fácil para los religiosos pero desagradable para los mozos de mulas, de ordinario juguetones y bulliciosos. Sin embargo no dejaban de acatar la orden, pues, a más del amor y el respeto que guardaban a la Santa, que con frecuencia los utilizaba, sabían que, después de cada rato de silencio, ella les premiaba la obediencia con un buen trago de vino.

A propósito de esta condición generosa y humana de la Madre Teresa, dice el Padre Constantino Bayle: "No era nada melindrosa ni mojigata; antes, como dice su sobrina, "tenía un exterior tan desenfadado y cortesano, que nadie por eso la juzgaba por santa"; esto es, nadie de los que miden a los santos por el patrón que ellos se han cortado de encogimiento y misticismo a todas

horas y en todas las ocasiones; por eso se hallaron muchos chasqueados al encontrar una mujer donde aguardaban ver una santa. Tal aconteció a las señoras que, por algo de devoción y mucho de curiosidad, acudieron a visitarla en Madrid. Creyeron topar en éxtasis o plática de oración encumbrada, materia de conversación para estrados y tertulias; caléles la Madre Teresa, y todo se le fué en ponderar qué lindas calles tenía la corte".

Por el camino, en los viajes, la Madre dirigía a los mozos como si toda su vida hubiese sido arriero; cocinaba para todos con lo poco que llevaban en los carros y lo que podían conseguir por los caminos, que tampoco era mucho. ¿Que llovía o nevaba, quemaba el sol, se extraviaban o eran insultados por los caminantes? La Madre tenía siempre palabras de aliento para animar a todos e infundirles valor y alegría.

—Recordad — solía decirles —, que todos estos trabajos los pasamos por amor de Dios y comprenderéis entonces que son harto pequeños.

En una ocasión les llovió encima dos días sin

cesar. Protestaban los mozos contra el tiempo y ella les decía:

—Tengan mucho ánimo que estos días son muy ricos para ganar el cielo.

—También me lo ganaba yo dende mi casa, Madre — respondióle uno de los mozos.

En cierta ocasión perdieron un mulo que llevaba quinientos ducados. "Otra noche — ha contado el P. Julián de Ávila — fué mayor nuestra pérdida que no la del jumento; fué que, como íbamos también de noche y con harta oscuridad, habíase divido la gente en dos partes. El que se iba con la Santa Madre, que por su honra no quiero descir quién es, dejóla, y a la señora Doña Quiteria, que agora es priora de la Encarnación, en una calle de un lugarito (Peñaranda de Bracamonte) a que allí aguardasen la demás gente, para que todos se juntasen e no fueran divididos; de manera que por ir a buscar a los demás, ya que parescieron, volvió el que las dejó a buscarlas, e nunca pudo atinar dónde las había dejado; e como hacía tan oscuro, desatinó de tal manera que por más vueltas que dió

no las halló; y con descir: "adelante deben de ir con los que van más adelante" anduvimos buen rato hasta que estuvimos todos juntos. Decíamos los unos a los otros:

—¿Viene ahí la Madre? — Descían: No, ¿no viene con vosotros? — Sí que con nosotros venía, pero ¿qué se ha hecho?

De manera que nos hallamos todos con oscuridades: la de la noche, que era harta, y la de hallarnos con nuestra Madre, que era muy mayor. No sabíamos si volver atrás o ir adelante. Empezamos a dar voces; no había respuesta. Hubímonos de tornar a dividir, los unos a buscar lo que habíamos perdido, los otros a gritar a ver si de algún cabo nos respondía. Después de algún rato que tuvimos de pena, y más el que las había dejado, de tornado a desandar lo andado, he aquí a nuestra Madre que viene con su compañera e un labrador, que le sacaron de su casa e le dieron cuatro reales porque las guiase al camino, el cual fué el mejor librado porque se volvió muy contento a su casa con ellos, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto a hallar, y con

harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos a parar a un mesón donde había tantos arrieros echados por aquellos suelos, que no había donde poner las pies sino sobre albardas y hombres dormidos. Hallamos donde meter a nuestra Santa Madre y las monjas que llevábamos, que no creo había seis pies de suelo; de manera que para caber, habían de estar en pie. Lo que tenían bueno estas posadas, que no víamos la hora de vernos fuera de ellas".

Lo que dejamos relatado no ocurrió solamente camino de Sevilla. Cada uno de los viajes de la Madre Teresa fué una odisea, más o menos como la narrada. Fácil es calcular los sufrimientos y penurias pasados por ella durante sus largos años de Fundadora, pues fueron tantos los conventos fundados y reformados por ella, que uno de sus enemigos la denominó "fémina andariega". El que así habló, por liviandad o malevolencia, lo hizo sin duda junto al fuego del hogar, arrebujado en su manta y a la espera de una suculenta comida. Y a buen seguro que por nada del mundo se habría expuesto él a tantas penurias y ca-

lamidades como soportaba aquella "fémina" anciana y enferma, vagando por los caminos al servicio de Dios.

FUNDACIÓN EN SEVILLA

Nueve días duró la penosa travesía por caminos polvorientos y abrasados por el sol. El 26 de mayo hizo su entrada en Sevilla la castigada caravana. Merecía la Madre Teresa un éxito inmediato y una entusiasta acogida después de tantos sufrimientos, pero no halló una cosa ni la otra. Antes de que la Madre se pusiera en viaje, le habían asegurado que todo estaba listo en Sevilla para la fundación. Pero a su llegada se enteró de que no había casa dispuesta y hasta faltaba la licencia del arzobispo. Como si esto fuera poco, los sevillanos crearon a la Santa un ambiente hostil, con abundancia de calumnias y burlas para las Descalzas. Se les acusó de "iluminadas" ante el tribunal de la Inquisición, y la Madre Teresa y sus compañeras se vieron envueltas en un proceso, debiendo declarar ante los oficiales del Santo Oficio.

No paró en esto la persecución de los sevillanos. El P. Gracián, que acompañaba a las monjas fué también objeto de enconados ataques y corrían voces de que le querían matar.

Durante un año permaneció la Madre en Sevilla sin que adelantara un paso la fundación, y ya desesperaba de ello, cuando se produjo un hecho providencial: la llegada a dicha ciudad de Don Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa, que acababa de regresar de América. Hasta ese instante habían sido grandes los sufrimientos de la Madre y sus monjas para poder vivir, pues carecían de dinero y nadie quería fiarles un céntimo. Hasta hambre debieron pasar en más de una ocasión. Don Lorenzo de Cepeda las socorrió, se ofreció como fiador para la adquisición de la casa en que se haría el convento, y hasta prestó su ayuda personal para las diligencias del caso. Tuvo el buen hermano, para ello, que afrontar la inquina de los sevillanos y pasar no pocos trabajos y amarguras. A propósito de esto escribió la Madre Teresa: "A no estar aquí mi hermano cosa de la vida se pudiera hacer. Él ha padecido

harto y con ánimo en gastar y llevarlo todo, que nos hace alabar a Dios. Bien con razón le quieren estas hermanas... Ahora está retraído por nosotras; y fué gran ventura no le llevar a la cárcel, que es aquí como un infierno".

Al fin, el 3 de junio de 1576 tuvo lugar la fundación. El lujo y la solemnidad con que se hizo, contrastaron por cierto con las dificultades que se habían opuesto a la Fundadora. Asistió a la ceremonia el Arzobispo, el clero y las cofradías; fueron embanderadas las calles y hubo bandas de música y el pueblo entero se lanzó a las calles y acudió al convento a presenciar la inauguración.

EL RETRATO

Durante el año que permaneció en Sevilla, se obtuvo el único retrato directo de Santa Teresa que se conoce.

Había en la ciudad un leguito pintor, llamado fr. Juan de la Miseria, que se empeñó en hacer el retrato de la Madre Teresa. Expuestos los deseos del lego, la Madre se negó terminantemente a servirle de modelo. El P. Gracián intercedió en

favor del artista y, como la Madre insistiera en su negativa la obligó por obediencia a que se dejara retratar.

Largas fueron las horas que, con infinita paciencia permaneció la santa inmóvil delante del inexperto pintor hasta que la obra estuvo terminada.

Y cuenta el P. Gracián que, una vez terminado el retrato, la Santa, dirigiéndose al artista, con cierta socarronería, le dijo:

—Dios te lo perdone, fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa.

Pocos días después de la inauguración, acompañada por don Lorenzo y Teresita, la hija de éste, emprendió la Santa viaje hacia Malagón, desde donde se encaminó, en busca de descanso, al convento de Toledo.

LA BORRASCA

Cansada, enferma, agotada se hallaba la Madre Teresa después de tantos trabajos y fundaciones, y merecía una buena temporada de reposo. Fué sin embargo por esta época cuando

debió afrontar una verdadera borrasca que se desató furiosamente sobre la Orden de los Carmelitas Descalzos.

Desde la fundación de la Reforma Carmelitana, había comenzado en Ávila, como hemos visto, la lucha sorda contra la nueva institución. Esta lucha se hizo más enconada a medida que se iban fundando nuevos conventos de Descalzos. Cierto día, el P. Gracián fué nombrado Comisario Apostólico, y éste fué el comienzo de la tormenta terrible que se desató entre Calzados y Descalzos. Con el nombramiento del P. Gracián, los primeros se consideraban disminuídos y no vacilaron en acudir a todos los medios para conseguir su destitución, incluso la calumnia. Acusaron al P. Gracián ante el General de la Orden, de haber ido a Sevilla sin autorización de sus superiores, y de haber obtenido su nombramiento sin razón ni derecho, solamente para perseguir a los Calzados. En cuanto a la Madre Teresa, se le acusaba de haber hecho la fundación de Andalucía sin autorización del General. Dió crédito éste a las acusaciones y, en el Capítulo reunido en Plascen-

cia en 1575, dictaron sentencia de excomunión contra los principales Descalzos, decretaron el cierre de la mayoría de los conventos reformados, la vuelta al hábito y las reglas antiguas, y la reclusión de la Madre Teresa en uno de sus conventos, con prohibición terminante de fundar otros nuevos. Si estas órdenes no eran obedecidas, los Descalzos serían declarados rebeldes y se les reduciría por la fuerza si era necesario.

Enterada de todo esto la Madre Teresa escribió al General dos admirables cartas que no obtuvieron respuesta. Entre tanto, la persecución arreciaba. El prior de los Calzados de Ávila, conocedor de lo resuelto en Plascencia, ordenó que los Descalzos que confesaban en la Encarnación, San Juan de la Cruz y Fray Germán, fueran detenidos y encerrados en el convento de Medina. Afortunadamente para ellos, el Nuncio, enterado de lo que ocurría, hizo volver a los dos religiosos a la Encarnación. Lo que no pudo evitar fué que arreciaran las calumnias contra la Madre, las Descalzas y el P. Gracián. Éste, lleno de indignación, propuso a la Madre llevar ante la justicia

a los calumniadores. Ella le respondió que lo mejor era reírse de ellos y dejarlos decir. Pero la calumnia llegó más lejos de lo que pensaba la Madre, pues a manos del propio rey Felipe II llegaron cartas y documentos difamatorios contra el P. Gracián y la Reforma. Entonces resolvió escribir al rey para contrarrestar las acusaciones, y lo hizo en estos términos: "A mi noticia ha venido un memorial que han dado a V. Majestad contra el P. Maestro Gracián, que me espanto de los ardides del demonio, y de los Padres Calzados; porque no se contentan con infamar a este siervo de Dios, sino que procuran ahora deslustrar estos monasterios, adonde tanto se sirve a Nuestro Señor. Por amor de Dios, suplico a Vuestra Majestad no consienta que anden en tribunales testimonios tan infames".

La carta no obtuvo respuesta inmediata. Entre tanto el Nuncio excomulgaba y encarcelaba a los padres Gracián, Mariano y Antonio de la Cruz. Juan de la Cruz fué detenido y maltratado, de resultas de lo cual estuvo a punto de morir. Detenido en Ávila fué conducido a Toledo, en cuyo

lugar se le hizo padecer hambre y se le atormentó frecuentemente con azotes.

Esta noticia conmovió profundamente a la Madre Teresa, y escribió de nuevo al rey, ardiendo de santa indignación: "Está todo el lugar bien escandalizado — le decía —. A mí me tiene bien lastimada verlos en sus manos; y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile (San Juan de la Cruz), tan siervo de Dios, está tan flaco, de lo mucho que ha padecido, que temo su vida. Por amor de Nuestro Señor, suplico a Vuestra Majestad mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden cómo no padezcan tanto con los de Paño estos pobres Descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganar mucho; mas dase escándalo en los pueblos... Si Vuestra Majestad no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra".

Mientras llegaba la respuesta del rey, el Nuncio dió un decreto sometiendo los Descalzos a los Calzados. Esto fué el colmo. La vida en los con-

ventos de Descalzos se hizo imposible, pues los Calzados disponían el cambio de priores a su antojo, castigaban a los frailes...

Cierto día, de resultas de la carta de la Madre Teresa, llegó orden del Consejo Real de que comparecieran las partes en litigio para examinar las razones de cada cual. Por parte de la Reforma acudieron el duque de Alba y el conde de Tendilla. La primera providencia fué anular los decretos del Nuncio contra los Descalzos. Luego se entró a negociar con éste la forma de solucionar el conflicto, resolviéndose en definitiva hacer la separación de unos y otros en dos provincias diferentes. Aceptada la idea por Calzados y Descalzos se negoció y obtuvo el consentimiento del Papa, y con esto terminaron las discordias, y por consiguiente los grandes sufrimientos de la Santa Reformadora.

VI

LA MADRE

MARIA de San José, una de las monjas Descalzas nos ha dejado este retrato de Santa Teresa: "Era esta Santa de mediana estatura, antes grande que pequeña, y hasta su última edad mostraba serlo. Era su rostro no nada común, sino extraordinario, y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios dél iguales; la frente ancha y muy hermosa; las cejas, de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos, negros, vivos y redondos, no muy grandes mas muy bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los lagrimales, para arriba disminuída hasta igualar con las cejas, for-

mando un apacible entrecejo. Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos aunque pequeñas; en el rostro, al lado izquierdo tres lunares... en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca y la nariz, y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta".

Cuando dice que era en todo perfecta, se refiere la monja no solamente a su belleza física sino a su condición espiritual. A este respecto, añade el P. Gracián: "Tenía hermosísima condición, tan apacible y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella llevaba tras sí y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que tienen algunos santos con que se hacen a sí mismos y a la perfección aborrecibles".

Ya veremos, en otro capítulo, la extraordinaria inteligencia y la sabiduría de que la Santa estaba dotada, hasta el punto de que los más descollantes doctores de la Iglesia se sentían cohibidos en su presencia, cuando ella se refería a los problemas y misterios de la religión. Sabia era,

pero esto, lejos de envanecerla, le servía para humillarse más ante Dios y sus semejantes, al comprender claramente la insignificancia de la criatura humana. Por sobre todas las cosas, la Madre Teresa fué eso precisamente; madre en la más alta y pura expresión de la palabra. Afectuosa, sencilla, risueña siempre, paciente y diestra en toda clase de tareas domésticas, tenía igual aptitud para el gobierno de las casas religiosas que para el de las almas. Guiaba y enseñaba sin acritudes ni regaños, pero con serena energía, procurando inculcar en sus hijas el amor a la verdad y el concepto de la disciplina.

Por su consagración de muchos años a la práctica de la oración había llegado a la unión perfecta con Dios durante sus momentos de contemplación mística, y sin embargo procuraba alejar a las monjas del fanatismo engañoso en que muchas veces incurrían, engañándose a sí mismas con visiones que imaginaban tener y no tenían en realidad. Ya hemos visto la lucha que la misma Santa tuvo que librar para que no recayeran sobre ella las persecuciones de la Inqui-

sición, que castigaba a las "iluminadas". Y era para evitar a sus hijas estas persecuciones, que las instruía y las prevenía contra las ilusiones engañosas.

En cierta ocasión, dos monjas de su convento dieron en la manía de querer comulgar a cada rato, pues afirmaban que si no lo hacían se sentían morir. Y de tal manera estaban sugestionadas por este pensamiento, que, en realidad, padecían terribles ataques y desfallecimientos si no se les daba la comunión con la frecuencia que ellas deseaban. Comprendió la Madre Teresa el verdadero mal que padecían sus monjas, y les dijo que esa ansiedad era cosa del demonio y que por obediencia resistieran al deseo; que ella también lo padecía y que, para probarles que nada les ocurriría si dejaban de comulgar a cada rato, las tres se someterían a la abstención. Obedecieron las monjas, y comprobaron que, efectivamente, sus ataques y desmayos desaparecieron.

ENERGÍA

Célebres son los versos con que Santa Teresa enriqueció la poesía española; versos a los que ella no daba importancia alguna, y que escribía en los momentos de sosiego, la mayoría de ellos para celebrar las fiestas o comentar los sucesos cotidianos. Son famosos los que escribió para una procesión que hicieron en el convento de San José, rogando a Dios que librara sus hábitos de importunos y molestos parásitos, cuyo estribillo decía:

Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.

En cierta ocasión había escrito ciertas coplas para que las monjas las cantaran durante una fiesta. Una de ellas, de nombre Alberta, cuando todas se hallaban reunidas para el ensayo, dijo así:

—¿Ahora nos llaman para cantar? Mejor sería que lo hicieran para rezar y contemplar.

La Madre Teresa, que tenía oído muy fino, alcanzando a percibir estas palabras, le respondió:

—Lo que habéis dicho, hermana mía, no es precisamente efecto de contemplar sino de resistir a la obediencia, de señalarse por más espiritual y de no conocer la propia necesidad y flaqueza...

Y luego de humillarla bastante, le ordenó que se retirara a la celda de penitencia, por indigna de gozar de la compañía de las obedientes y humildes.

En otra oportunidad, una novicia de la aristocracia que debería ingresar como tal al día siguiente, conversaba con la Madre acerca de las cosas que debía llevar al convento, y le dijo que entre otras tenía un libro de religión.

—¿Libro? — preguntó la Madre con severidad. Y agregó: — No vengáis acá que no tenemos necesidad de vos ni de vuestro libro, que somos mujeres ignorantes, y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan.

Sabía distinguir sin equivocarse jamás las verdaderas enfermas de las que simulaban estarlo para eludir la obligación. A estas últimas solía

decirles que no debían preocuparse tanto del cuerpo, pues la preocupación de cuidarlo demasiado, con el propósito de cumplir así mejor las reglas de la Orden, era precisamente lo que impedía cumplirlas, pues recargaba a las otras de trabajo e impedía por lo tanto que se practicara la caridad. En cambio, para las enfermas de verdad todo era poco. Ella era la primera en renunciar a su alimentación en beneficio de la enferma; y si para curarla eran necesarias medicinas y no había dinero, hacía vender las pocas cosas de adorno que había en el convento, para procurarlas.

Años enteros había recorrido ella los caminos de España, con fiebre y dolores agudos, bajo soles infernales y nevadas copiosas. ¿Cómo iba a ver con buenos ojos a las que, so pretexto de un simple dolor de cabeza eludían la obligación y se consideraban cumplidas y disculpadas con sólo obtener permiso para recogerse?

Ah no; para las holgazanas y mañosas, es implacable la Madre. Entre las instrucciones que imparte a las prioras de los conventos fundados por ella, figuran algunas como ésta: "Procuren

sujetarlas de manera que entiendan que no han de salir con todo ni con nada de lo que quieren. Porque si entienden que algunas veces han bastado sus clamores y las desesperaciones que dice el demonio en ellas... ellas van perdidas... Si no bastaren palabras, sean castigos; y si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro; que no pueden hacer mayor bien a sus almas".

Ella creó la Reforma y dió las reglas que debían observarse. La monja que no se aviniera al rigor de las mismas, estaba de más en los conventos, pues la vida en ellos era de penitencia y oración y no de simple aislamiento o pasatiempo. La Madre era la primera en cumplirlas en todo su rigor, y a fe que no eran nada livianas y pasaderas. Veamos: "Levantarse a las cinco y acostarse a las once; dos horas de oración, fuera del oficio divino, en el coro; trabajo manual, no en cosas curiosas, sino hilar o coser o labores que no sean tan importantes que ocupen el pensamiento para "no le tener en Nuestro Señor"... Cada una procure trabajar para que coman las demás.

Ayunos desde le Exaltación de la Cruz, que es en septiembre, hasta Pascua de Resurrección, excepto los domingos. No se ha de comer carne perpetuamente, si no fuere con necesidad. El vestido sea de jerga o sayal negro; el calzado, alpargatas, y, por la honestidad, calzas de sayal o de estopa. Las camas sin ningún colchón sino con jergones de paja; túnicas de estameña y sábanas de lo mismo. Disciplinas los días que se rezare de feria y todos los viernes del año, por el aumento de la fe, y por los bienhechores, y por las ánimas del Purgatorio y cautivos, y por los que están en pecado mortal, un Miserere y oraciones por la Iglesia y las cosas dichas".

Sin embargo, como algunas monjas tomaban demasiado a pecho lo de las penitencias y disciplinas, la Madre les explicaba:

—Lo que más ha de cuidarse es la mortificación interior, el domeñar las pasiones y ejercitar el vencimiento propio. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo estudiásemos mucho, e hiciésemos penitencia, que en demasiadas penitencias ya sabéis os voy la mano, porque pueden

hacer daño a la salud si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores no quitan las fuerzas del cuerpo para servir a la religión, sino fortalecen el alma.

INDULGENCIA

Era enérgica la Madre Teresa en tratándose de disciplina y orden en sus conventos, pero estaba bien lejos de ser adusta e intolerante. Por el contrario, era risueña y juguetona, graciosa y alegre para conversar y enemiga declarada de misticismos aparatosos y de extremos de beatería. Cuando alguna de las monjas decía una ocurrencia graciosa, ella era la primera en festejarla con alegres comentarios. Durante las horas de costura, al compás del rumor de las ruecas, las monjas charlaban y reían en presencia de la Madre.

Con cualquier pretexto, se organizaba una fiestita en el convento, durante la cual se recitaban o cantaban coplas que la Madre o alguna otra monja componían para el caso. Para la Navidad, villancicos acompañados de pitos y panderos, cua-

dros vivos y representaciones de motivos religiosos.

A propósito de esta condición de la Santa, ha dicho el P. Bayle: "La ingenuidad, la llaneza, la delicadeza de su trato, la condición natural, franca, magnánima; lo vivo de su ingenio y lo tierno de su corazón, hacen de Teresa de Jesús la mujer simpática por excelencia, que, en vida con su conversación, y en muerte con sus escritos, se hace amar aún de los incrédulos, aún de los protestantes".

Veamos una prueba de su indulgencia. En Segovia acostumbraba la Madre a retirarse largas horas a su celda para platicar con Dios. Había en el convento una monjita, Ana de la Santísima Trinidad, de genio travieso y alegre, que amaba grandemente a la Santa. Cuando ésta menos lo esperaba, cuando estaba más absorta en sus contemplaciones, hacía irrupción en la celda la monjita, y parándosele delante, comenzaba a hacerle morisquetas. La Madre festejaba las gracias de la traviesa monja y le decía:

—¡Urguillas!, que en ninguna parte me has de dejar tranquila.

En otra ocasión penetró a la celda de la Madre, con una cesta de platos, otra monja, Catalina de la Concepción. Parecióle a ésta, por la palidez de la Madre, que se encontraba enferma, y, para animarla, no se le ocurrió mejor recurso que dejar la cesta en el suelo y ponerse a bailar delante de ella.

La Santa no pudo menos que reír ante la ocurrencia, y le dijo:

—Anda, hija, que riendo te has de ir al cielo.

HUMILDAD

Ya hemos visto cuál había sido la cuna de Santa Teresa. Nacida en un palacio, sus primeros años transcurrieron entre mimos y regalos, lujos y placeres. Mimada por su padre, sus pequeños caprichos eran satisfechos en el acto. Bueno es tener en cuenta todo esto para comprender, en toda su extensión, el mérito de los sacrificios y privaciones a que voluntariamente se sometió des-

pués, durante toda su vida y hasta la hora de la muerte, por servir a Dios.

En el comienzo de las visiones con que Dios se le manifestaba, solía acudir la Santa a sus confesores, algunos de ellos incapaces de interpretarla pues carecían de las luces que ella tenía. Bastaba sin embargo que le aconsejaran tal o cual otra norma de conducta — como la ya conocida de las higas —, para que ella les diera cumplimiento por obediencia. Una de las mayores virtudes de la Madre Teresa, aquella por la que estaba bien segura de acercarse a Dios, era la humildad.

En cierta ocasión, y cuando ya tenía fama su santidad, acertó a entrar a uno de los conventos donde la Santa se hallaba de paso, una joven aspirante a monja. Un día Teresa le preguntó a boca de jarro:

—Hija mía, ¿quién le parece a usted más santa, la priora o yo?

La novicia, llena de confusión, hablando a trompicones, le respondió:

—La priora, madre.

—Tiene usted razón, hija mía. Ella es la santa, en tanto que yo cargo con la fama.

Y lo decía con honda convicción de su alma. Jamás desdeñó la Madre Teresa una ocasión de menoscabarse a sí misma, de humillarse y empequeñecerse. A tal punto llegó en este empeño que, en el libro de su vida, escrito por ella misma, ha magnificado de tal modo sus pequeñas faltas de la juventud, ha dado tanta importancia y afeado de tal modo sus pecados mentales, que muchos comentaristas no han vacilado en atribuirle faltas gravísimas que jamás cometió. Y era que, a tal perfección aspiraba la monja, de tal modo comprendía la pureza de alma que era necesario alcanzar para vivir en Dios, que un mal pensamiento, una ligerísima falta, le parecían pecados imperdonables.

Cuando los terribles ataques de que fué objeto la Reforma, fueron gravísimas, como ya hemos visto, las calumnias e infamias que acerca de ella se decían. El P. Gracián se exasperaba; la madre le decía sonriendo:

—No se atribule así, padre mío, que quizá ellos tengan razón...

"En cosas que dicen de mí de murmuración, que son hartas y en mi perjuicio..., no me parece me hace casi impresión más que a un bobo. Paréceme casi siempre tienen razón y aun siempre. Sintiólo tan poco, que aún me parece no tengo qué ofrecer a Dios; como tengo experiencia que gana mi alma mucho, antes me parece me hacen bien".

Y cuando al hallarse en oración, Dios la favorecía con visiones celestiales, solía decir: "Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto los grandes pecados míos. No pongáis, Criador mío tan precioso licor en vaso tan quebrado; pues habéis ya visto de otras veces que le torno a derramar".

EL COCHE

Todos los viajes que la Madre realizó para sus fundaciones, fueron hechos en carros destartalados, crujientes, cubiertos de toldos remendados. Pero en cierta ocasión, para la fundación de Pas-



—¿Vos sois la tan nombrada madre Teresa de Jesús?

trana, los príncipes de Éboli le mandaron un coche para que la recibiera en el camino. Prosiguió, pues, su viaje en él, y fué detenida en el camino por un fraile, loco tal vez, o quizá enemigo de la Reforma, que se encaró con la Madre diciéndole:

—¿Vos sois la tan nombrada madre Teresa de Jesús?

Y como la respuesta fuera afirmativa, prosiguió:

—¿De modo que vos sois la santa que vais engañando al mundo con vuestra pobreza y os andáis en coche?

Injusta era la inculpación para quien había sufrido ya tanto por esos caminos. Sin embargo la Madre halló justas las palabras del agresivo fraile, y es fama que, desde entonces, jamás quiso utilizar coche para sus diligencias.

EL DOLOR DE LA CARNE

En 1579, luego de haber padecido los más grandes dolores morales de su vida, con los terribles ataques de que fué víctima la Reforma y sus paladines, la Madre Teresa se refugió para

descansar en el convento de Ávila. Como si Dios hubiera querido probarla en todos los extremos de la resistencia humilde a los dolores más rudos, fué víctima en ese convento de un accidente que por poco le cuesta la vida.

A poco de su llegada al convento, y en cierta ocasión en que se dirigía al coro, al llegar a lo más alto de la escalera sufrió un vahido, cayó rodando hacia abajo y sufrió la fractura y dislocamiento de un brazo.

"Fué muy grande el dolor que tuvo de presente — cuenta el Padre Ribera — y mayor el que tuvo después con la cura, porque pasó mucho tiempo sin haber quien se lo concertase, por estar a la sazón mala una mujer de cerca de Medina que tenía esa gracia, y como no pudo venir, envió a decir que le pusiesen unas cosas en tanto que ella iba.

"Cuando fué estaba el brazo añudado y manco, y con todo se puso en sus manos para que hiciese lo que quisiese, con el deseo que tenía de padecer.

"Para esto mandó la Madre a las monjas que

se fuesen todas a encomendarla a Dios, y quedóse sola con la mujer y otra labradora, su compañera.

"Las dos, que eran de grandes fuerzas, comenzaron a tirarla fuertemente del brazo hasta hacer dar un estallido a la choquezuela del hombro. Como estaba ya el brazo añudado, hiciéronla pasar intolerables dolores. En esto estaba ella considerando el que Nuestro Señor había sufrido cuando le estiraron los brazos en la cruz.

"Cuando volvieron las monjas, la hallaron como si no hubiese pasado nada, antes muy contenta, y decía que no quisiera haber dejado de pasar aquello por todas las cosas de la tierra. Duróle harto tiempo, hasta que casi no le pudo menear y, en fin quedó manca de él y en toda su vida no pudo vestirse ni desnudarse ni ponerse un velo sobre la cabeza.

"La caída fué tal y tan sin pensar y tan sin ocasión y tan grande, que todas las de la casa tuvieron por cierto haber sido el demonio el que se la hizo dar: y pareció más claro porque, diciéndole una hermana que el demonio debía de haber

hecho aquello, respondió la Madre: —Más mal quisiera hacer él aún si le dejaran".

REGALO PROVIDENCIAL

Grandes dolores y fiebre muy alta produjo este accidente a la Madre Teresa. Cierto día en que se hallaba consumida por la fiebre y con la boca reseca, la enfermera dijo que le parecía bien que la Madre comiera melón. Enterada ésta, preguntó si lo había en la casa y que, si no lo había no lo mandaran buscar.

Ya hemos visto que, la mayoría de los conventos fundados por la Santa, se sostenían con las limosnas que daban los vecinos más que con sus propias rentas. Para ello, los donantes depositaban sus ofrendas en el torno de la puerta.

En el instante en que ocurría lo que dejamos narrado, sonó de pronto la campanilla del torno. Acudió a la señal una de las monjas, y encontró en él medio melón. Asombrada por lo providencial del regalo abrió un tanto la puerta y miró hacia afuera. La calle estaba desierta. El P. Ri-

bera, que narra el suceso, agrega: "Se puede entender que Nuestro Señor movió alguna persona que socorriese la necesidad de su sierva".

UNA INTRIGA

Nárrase un pasaje de la vida de la Santa, que prueba una vez más hasta dónde llegaba su resignación y su conformidad. Durante la fundación de Pastrana, la princesa de Éboli, damita caprichosa y autoritaria, debió ser contrariada varias veces por la Madre, debido a las modificaciones que pretendía introducir en el régimen del convento, como también por las personas que quería poner en su gobierno. Acostumbrada a hacer su santísima voluntad, la princesa se disgustó muchísimo, y, como a más de caprichosa era intrigante, acusó a la Madre ante el tribunal de la Inquisición, enviando como prueba el libro de la *Vida* de la Santa escrito por ella misma.

El Obispo de Valladolid, don Álvaro de Mendoza, amigo de Teresa, le envió un mensajero comunicándole lo que ocurría y diciéndole que no sólo el libro era estudiado por el Santo Tribunal,

sino también los escritos de la Madre que estaban en poder de otras personas. Enterada de lo que ocurría, Ana de Jesús aconsejó a la Santa que encomendase a Dios el asunto para que nada pudieran hacer contra ella los intrigantes, y ella le contestó al día siguiente:

—Dé gracias a Dios, hija mía, que ya se ha cumplido lo que anoche me decía: que en recibiendo a Nuestro Señor, me consoló Su Majestad diciendo: "No tengas pena, que esta causa es mía".

Tiempo después, cuando la Madre se encaminó a Toledo para la fundación de Villanueva de la Jara, el cardenal Quiroga, inquisidor general de Toledo, que la visitó en compañía del P. Gracián le dió la noticia de que el libro de su *Vida,* sometido a proceso, había merecido la aprobación entusiasta del presidente y los inquisidores.

El P. Gracián cuenta de este modo la entrevista:

"Hablando ella y yo al cardenal Quiroga sobre una licencia de una fundación, le dijo estas pala-

bras: "Mucho me he holgado de conoceros, y sabed que a la Inquisición han dado un libro vuestro para haceros mal; mas háse visto y no hay en él cosa que no sea muy buena; yo lo he leído todo. Dad gracias a Dios y encomendadme a Él".

VII

LA ESCRITORA

RECORDAREMOS que, ya de niña, demostró Santa Teresa su poderosa imaginación, al escribir, en colaboración con su hermano Rodrigo, un libro de caballerías que, desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros.

Más tarde, y sin ánimo de aparecer como literata, ya que en la mayoría de los casos lo hizo por obediencia y necesidad, escribió la Santa libros que resultaron, con el tiempo, verdaderos monumentos de la literatura española.

Cuando los prelados de la Orden la instaban para que escribiera, solía replicar: "¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que

han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que digo. Que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficio de religión como mis demás hermanas, que no soy para escribir ni tengo salud y cabeza para ello".

Salud... ya sabemos que no la tenía; tiempo..., ¿qué tiempo podía tener la infatigable fundadora que pasaba toda su vida en los caminos, de una ciudad a otra, discutiendo con obispos y provinciales y hasta dirigiendo a los operarios? Y en los conventos, ¿qué tiempo tenía, vigilante como estaba siempre a la conducta de las monjas y el gobierno de las casas, donde hacía de costurera, mucama y cocinera como la más humilde de las *freilas?*

Ah, pero la Madre dormía poco, y en cambio velaba y trabajaba mucho. En altas horas de la noche se veía luz en su celda. Era que la Madre escribía. Lo hacía sin preocupaciones literarias, conversando con la pluma en el papel, y en el mismo lenguaje con que hablaba a sus monjas; el mismo lenguaje puro y castizo que se usaba en Castilla. ¿A qué se debe entonces ese gran va-

lor literario y filosófico que en sus escritos han encontrado los críticos más severos de España? A que la Santa escribía sin vanidad, sin cavilaciones ni preocupaciones literarias, extrayendo de su corazón lo que sentía y de su espíritu lo que Dios le revelaba en los momentos de éxtasis.

Una de las monjas, María del Nacimiento, después de la muerte de la Santa, dijo que la Madre acostumbraba a escribir el libro de las *Moradas* en altas horas de la noche, y con tal velocidad y tan embebida en su tarea, que, "por más ruido que hiciéramos — dijo — ni lo dejaba ni decía que la estorbábamos". La Madre Mariana de los Ángeles, por su parte, manifestó que, según le había dicho María del Nacimiento, que "una noche, mientras estaba escribiendo la Santa el libro titulado *Castillo Interior,* en el monasterio de Toledo, entrando ella a darle un recado, vió cómo, comenzando a escribir un cuaderno que estaba en blanco, acertó a llegar a las primeras letras que escribía en él, y quitándose los anteojos para oír el recado, antes de bajar las manos, se quedó arrobada en aquella postura, y estuvo horas en

aquel arrobamiento; y que la dicha Madre María del Nacimiento estuvo presente sin apartarse un punto de mirarla, asombrada de ver tan gran arrobamiento; y al cabo de él, cuando volvió en sí, vió que el papel, que antes estaba blanco, le tenía escrito de su misma letra..."

Otra monja dijo que, "cuando escribía iba con tanta prisa y sin detenerse a borrar ni enmendar, que bien parecía ser cosa milagrosa".

Si grandes valores han hallado los críticos literarios en los libros de la Santa, como el de su *Vida,* las *Moradas,* las *Fundaciones* y *Camino de Perfección,* no fueron menores los que han hallado en ellos los más ilustrados doctores de la Iglesia. Santa Teresa abordó con una sabiduría digna de los más avezados teólogos los asuntos más delicados de la religión, sin que uno solo de sus conceptos haya encontrado reparos por parte de las autoridades eclesiásticas.

"Santa Teresa — ha dicho un crítico literario, protestante por más señas —, no es solamente una Santa gloriosa y una brillante figura en los anales del pensamiento religioso; es también un

milagro de genio; es, quizá, la mujer más grande de cuantas han manejado la pluma; la única de su sexo que puede colocarse al lado de los más insignes maestros del mundo".

Maravilla que los libros de la Santa hayan merecido tales comentarios aún de los enemigos de su credo, pues ya sabemos que ella no cursó estudios superiores y ni siquiera elementales. Lo único que se sabe es que de niña leía con facilidad, que sabía escribir, y que sus primeros años se desenvolvieron en un ambiente culto. ¿A qué atribuir entonces esa soltura y elegancia de su estilo? Muchos doctos varones de la Iglesia no han vacilado en atribuirlo a milagro.

El confesor del arquitecto Francisco de Mora ha dicho: "¡Qué libro es éste! De todos cuantos libros he leído en mi vida, que ha sido toda la Sagrada Escritura, Santo Tomás y otros libros, que me nombró de Santos, todos ellos, dice, no me han movido tanto como este libro: y tanto, que si hoy no fuera religioso, sólo por lo que he leído en él me metiera luego en religión".

Por su parte, Fray Luis de León, cuya autori-

dad en la materia es indiscutible, afirmó: "No dudo que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee...; que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras de manera que levantan llamas por donde quiera que pasan".

Y Don Diego de Silva y Mendoza, Duque de Francavila, dijo: "Parece comúnmente a todos que sin haber precedido estudio una mujer sin particular gracia de Nuestro Señor, no pudiera escribir aquellos libros, y que es milagro que una mujer pueda hablar de lo que contienen sin hacer muy particulares yerros, no siendo guiada con particular auxilio de Nuestro Señor".

Ana de la Encarnación ha dicho que una noche sorprendió a la Santa escribiendo el libro de las *Moradas,* y cuenta: "Vi desde la puerta de su celda, donde estaba esperando si quería algo, que tenía el rostro con una luz muy clara, y de ella salían unos resplandores como rayos dorados,

y esto le duró y vi por tiempo de una hora, que sería hasta las doce de la noche, que dejó de escribir; y al punto que dejó el cuaderno se le quitó el resplandor, y parecía que estaba a oscuras para como estaba con el resplandor".

LA POETISA

Si los escritos de Santa Teresa han sido considerados en la forma que hemos visto, no menor gloria han alcanzado sus poesías, escritas por vía de simple esparcimiento, sin pretensiones de poetisa, simplemente para deleitar y animar a sus monjas durante las pequeñas fiestas de los conventos, o comentando su propio estado de ánimo al salir de la oración. Y sin embargo, esos versos sencillos son tan hermosos, tan llenos de música y de amor divino, que han sido incorporados, como verdaderas joyas, a la lírica española. Veamos algunos:

LETRILLA

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,

Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confïanza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva:

Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Sino es perderte a ti
Para mejor a Él gozarle?
Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues a Él sólo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

. . . . . .

A LA CRUZ

Cruz, descanso de mi vida,
Vos seáis la bienvenida.

GLOSA

¡Oh, bandera, en cuyo amparo
El más flaco será fuerte!
¡Oh vida de nuestra muerte
Qué bien la has resucitado!

Al león has amansado,
Pues por ti perdió la vida,
Vos seáis la bienvenida.

Quien no os ama está cautivo
Y ajeno de libertad;
Quien a vos quiere llegar
No tendrá en nada desvío.
¡Oh dichoso poderío,
Donde el mal no halla cabida!
Vos seáis la bienvenida.

Vos fuisteis la libertad
De nuestro gran cautiverio:
Por vos se reparó el mal
Con tan costoso remedio;
Para con Dios fuisteis medio
De alegría sin medida:
Vos seáis la bienvenida.

ABOGADA

Llega el año de 1582. La Madre Teresa, a fuerza de fatigas, contrariedades y terribles dolores físicos y morales, está achacosa y envejecida. "Se espantaría cuán vieja estoy y cuán para poco" — escribió desde Burgos a María de San José en marzo del mismo año. En efecto, sufría por entonces una grave enfermedad de la garganta que le hacía despedir sangre por la boca. Así, en ese calamitoso estado, parte para Madrid con ánimos todavía para hacer un nueva fundación, y se la ve "solícita — como ha dicho un testigo — por las calles, hablando con los príncipes y señoras de la corte tratando de sus fundaciones". La fundación sería en Segovia, y hacia allá se dirige una vez allanados los trámites.

En Segovia le espera un nuevo dolor. Su hermano Lorenzo acaba de morir y la ha designado a ella su albacea testamentaria. Inválida casi, marcha a Valladolid, pues a más de albacea ha quedado como tutora de los tres hijos de Lorenzo: Francisco, Lorenzo y Teresita. El primero acaba-

ba de contraer matrimonio; el segundo se embarcó hacia el Perú con la encomienda de su padre que le fué transferida por decreto real. En cuanto a Teresita, estaba en vísperas de profesar.

En su testamento, Don Lorenzo había dispuesto que, en el caso de morir sin sucesión Francisco, su hijo mayor, descontadas las legítimas, pasase el resto de su fortuna al convento de San José para las obras piadosas que la Santa ya conocía.

Esta cláusula fué motivo de grandes pesares y tribulaciones para la Madre Teresa, pues la suegra de Francisco, dama de la más rancia aristocracia, protestó ante la justicia llevando a la Madre a los tribunales. El testamento apareció abierto sin autoridad legal. Los familiares de Teresa, incluso su sobrina Teresita, intrigados por la suegra de Francisco, se pusieron en contra de aquélla. Negóse la Madre a consentir lo que sus parientes pretendían de que se anulara la susodicha cláusula, y aquí comenzaron los pleitos, con intromisión de abogados y procuradores... Uno de éstos llegó al extremo de insultar a la Madre, diciéndole que no era tan Santa como la

pintaban y que muchos seglares daban mejores ejemplos de virtud que ella. Teresa se limitó a contestarle:

—Dios le pague a vuestra merced la que me hace.

Pues a pesar de la presión de sus familiares y de las malas artes de los procuradores y abogados, inválida como estaba, no cejó un punto la Madre en su actitud firme y resuelta. Se trataba de la última voluntad de un ser que había muerto, y debía cumplirse. Y se cumplió.

VIII

HACIA LA GLORIA

UN mes permaneció la Santa en Valladolid, entregada a esta ingratísima tarea. Pensaba dirigirse a Ávila, donde debía profesar su sobrina Teresita; pero animada por sus confesores terminó todavía dos fundaciones: la de Palencia y la de Burgos.

A mediados de septiembre llegó a Medina del Campo, en cuyo convento fué amorosamente acogida por sus hijas. Sin embargo, decretado estaba que su dicha terrenal no fuera completa nunca, pues no tardó en tener cierto rozamiento con la priora, al hacerle una observación acerca de una mala práctica que advirtió en el régimen

del convento. La priora le contestó de mal modo, y la Madre, llena de tristeza, se retiró a su celda pasando la noche sin comer ni dormir.

VIAJE FRUSTRADO

Tenía la Madre Teresa, como hemos visto, el propósito de dirigirse a Ávila para la profesión de Teresita, y, seguramente porque ya sentía próximo su fin y deseaba morir en el lugar de su nacimiento, pero un suceso imprevisto vino a contrariar sus planes.

Estaba por ese entonces en Medina del Campo el P. Fray Antonio de Jesús, que desempeñaba el cargo de Provincial. Durante una de las conversaciones que con la Madre sostuvo, Fray Antonio le manifestó que tenía para ella un encargo de doña María Enríquez de Toledo, esposa del duque de Huéscar, hijo de la duquesa de Alba. Estaba dicha señora en vísperas de ser madre, y tanto ella, como la duquesa de Alba, habían manifestado deseos de que la Madre Teresa se encontrara en el castillo en el momento en que naciera la criatura. Esto significaba un acto de de-

voción hacia la Madre, que en nada la envanecía y que por el contrario trastornaba sus planes. Sin embargo, como el provincial la obligara por obediencia a acudir al convento de Alba de Tormes para satisfacer a los duques, así lo hizo.

Ana de San Bartolomé, que hizo el viaje en compañía de la Madre, dice que la oyó pronunciar estas palabras: "En mi vida he sentido la tristeza que llevo al hacer este camino". Y narra el viaje en estos términos:

"Fuimos desde Medina en una carroza; llevó el camino la Santa Madre con tan gran trabajo, que cuando llegamos a un lugarcito cerca de Peñaranda, iba con tantos dolores y flaqueza que la dió allí un desmayo, que a todos nos hizo harta lástima verla, y para esto no llevábamos cosa que la poder dar si no eran unos higos, y con eso quedó aquella noche.

"A la mañana nos partimos de Medina sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte, y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer; y una noche, estando en un lugarcillo

pobre, no se halló cosa que comer y ella se halló con gran flaqueza y díjome: "Hija, déme si tiene algo que me desmayo. —Y yo no tenía cosa sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo dí cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Cuando vi que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvían, no podía mirar a la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto. La aflicción que yo tuve en esta ocasión, no la podré encarecer, que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirla, y ella me dijo con una paciencia de ángel: —No llores, hija, que esto quiere Dios ahora. — Y tomando los higos que su hija le ofrecía, le dijo: —No tengas pena, que demasiado buenos son estos higos; muchos pobres no tendrán tanto regalo".

ULTIMAS HORAS

El 21 de septiembre, día de San Mateo, llegaron las dos monjas al convento de Alba de Tormes. A ruego de la priora, que la vió enflaque-

cida, pálida y consumida por la fiebre, fuése directamente a la cama, diciendo:

—¡Válgame Dios, qué cansada me siento! ¡Hace más de veinte años que nunca me acosté temprano sino ahora!

Al día siguiente se levantó temprano, asistió a misa y comulgó. Permaneció en pie hasta el día de San Miguel en que, habiendo sufrido una hemorragia, debió meterse en cama, para no levantarse más.

Los médicos que la trataban, dispusieron que se le aplicara una medicina preparada con aceites de olor nauseabundo. La nerviosidad de la monja que le aplicó el medicamento hizo que éste se derramara todo por la cama de la Santa. En este momento llegó al monasterio la anciana duquesa de Alba expresando sus deseos de visitar a Teresa. Al enterarse ésta se llenó de congoja pensando en el medicamento derramado y el olor que su cama despedía. Una monja, María de San Francisco, que la oyó lamentarse y supo la causa, le dijo: "—No tenga pena, Madre, que antes huele como

agua de ángeles". Y asegura la monja que así era en realidad.

—¡Alabado sea Dios, hija — respondió la enferma —; pero cubra, cubra, porque no ofenda a la duquesa, que harto me holgara de que ahora no viniera.

Entró la aristocrática dama y comenzó a abrazar a la Madre y a componerle las ropas del lecho. Teresa la contuvo diciendo:

—No haga eso vuestra excelencia, que huele muy mal por unos remedios que me han hecho.

Maravillada, pues en realidad sentía la duquesa todo lo contrario de lo que la Madre afirmaba, le dijo:

—No huele sino muy bien, y antes me pesa que hayan echado aquí perfumes que le pueden hacer mal.

Viendo que se agravaba por momentos, las monjas le pedían que rogara a Dios que le prolongara la vida, a lo que la Madre respondió que no lo haría porque ella no era necesaria ya. En ese instante le dió un desmayo, y los médicos ordenaron que la trasladaran a una habitación de



Comenzó a abrazar a la madre y a componerle las ropas del lecho.

la planta baja. Al recobrar el sentido y ver que las monjas la rodeaban solícitas, dijo sonriendo: "Quítense de ahí, que lo que no es, no es".

El día 3 de octubre, sintiéndose morir, pidió que le llevaran el Santísimo Sacramento. Mientras iban en su busca, comenzó a decir a las monjas:

—Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios les pido tengan gran cuenta con la guarda de las Reglas y Constituciones, y no miren el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado, y perdónenmelo.

Al ver entrar el Santísimo y a pesar de que estaba postrada en cama sin movimiento, se alzó sin ayuda de nadie y fué preciso sostenerla.

El Padre Ribera ha referido así lo que entonces ocurrió: "Púsosele un rostro muy hermoso y encendido, y muy diferente del que antes tenía, y muy más venerable, no de la edad que ella era sino de mucho menos. Y puestas las manos, con grandísimo espíritu y llena de alegría, comenzó aquel blanquísimo cisne a cantar el fin de su vida con mayor dulzura que en toda ella había can-

tado, y hablando con todo su Bien, que tenía delante, decía cosas altas, amorosas y dulces, que a todas ponían gran devoción".

Al llegar la noche pidió la Extremaunción, respondiendo ella misma a las oraciones. Luego, el Padre Antonio de Jesús le preguntó si quería que llevasen su cuerpo a Ávila, a lo que la Santa respondió con humildad:

—¡Jesús!, ¿eso se ha de preguntar, padre mío? ¿Tengo de tener yo cosa propia? ¿No harán aquí caridad de darme un poco de tierra?

EL VUELO

Llegó la mañana del 4 de octubre de 1582, fecha de la muerte de Santa Teresa de Jesús. María de San Francisco, su enfermera, ha narrado de este modo el momento del tránsito: "Poco después de alborear la mañana, como a las siete, se echó la Santa Madre de un lado como pintan a la Magdalena, el rostro vuelto a las religiosas con un Cristo en las manos, el rostro muy bello y encendido, con tanta hermosura, que me pareció no se la había visto mayor en mi vida, y no sé adón-

de se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma.

"Desta suerte se estuvo en oración con grande quietud y paz, haciendo algunas señales exteriores, ya de recogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera, mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro, de encendimiento e inflamación...

"Y perseverando en la oración, como sonriéndose, dando tres suaves y devotos gemidos, como de un alma que está con Dios en la oración, que apenas se oían, dió su alma al Señor, quedando con aventajada hermosura y resplandor su rostro, como un sol encendido".

La edad exacta de la Santa, al expirar, era de sesenta y siete años, seis meses y siete días.

La noticia de la muerte de Santa Teresa se esparció rápidamente por la villa de Alba de Tormes, llegando a conocimiento de los duques. Acudieron éstos al monasterio y, abierta la puerta seglar entró también el pueblo en masa, anhelante de venerar los santos despojos. Estaban éstos colocados sobre unas andas cubiertas de brocado.

Terminado el oficio de sepultura colocaron el cuerpo — que jamás perdió su elasticidad y blandura — en el ataúd, y le condujeron al lugar donde la misma Santa, tiempo antes, había dicho que *se habría de colocar el depósito.*

Por indicación de doña Teresa Layz, que había hecho la donación de la casa, pusieron sobre el ataúd tanta piedra, cal y ladrillos, que la caja se quebró. El propósito perseguido con esto por la piadosa donante, era el de que, más adelante, cuando llegara la noticia de la muerte de la Santa a otros lugares, si se disputaba al convento de Alba de Tormes el derecho de conservar el cuerpo, no pudiera ser extraído de allí.

EL TRASLADO A ÁVILA

En octubre de 1585 tuvo lugar el Capítulo de los Descalzos en Pastrana. El P. Gracián, que había sido electo Provincial de la Provincia de Portugal, consiguió del Capítulo un decreto por el cual se ordenaba que el cuerpo de la Madre Teresa de Jesús fuese trasladado, con toda la honra posible, al convento de San José de Ávila, y se

enterrase en el altar mayor, donde ya estaba preparada su sepultura. Se encomendó la diligencia, dentro del mayor secreto, al P. Fr. Gregorio Nacianceno, quien se trasladó a Alba de Tormes junto con Julián de Ávila. Con el mismo fin acudió al mismo punto, aunque por separado, Fr. Jerónimo Gracián.

Si se comunicaba el decreto a los duques de Alba, la oposición habría sido muy grande, y hasta se podría dar el caso de que estallara una revuelta popular. Era necesario, pues, hacer las cosas con el mayor disimulo. Se alojaron los tres frailes en distintas ventas y se reunían para tramar el plan. Afortunadamente para ellos, la duquesa de Alba había salido de viaje.

El día 24 de noviembre se allegaron al convento el P. Gracián y el P. Gregorio con el pretexto de que deseaban visitar el sepulcro de la Santa. Las monjas les pidieron que se descubriese el ataúd, y así lo hicieron, hallando todavía, lo mismo que dos años atrás cuando se había abierto por primera vez, el cuerpo incorrupto y blando, como si hubiera sido recién enterrado.

En ese momento, Fr. Gregorio Nacianceno hizo conocer a las monjas el decreto de que era portador, ante los llantos y la desesperación de las inconsolables religiosas. Vistieron el cuerpo con nuevos hábitos, lo envolvieron en una frazada, y lo llevaron a la venta donde se alojaba Julián de Ávila, que lo veló durante toda esa noche. A la mañana siguiente colocaron el cuerpo sobre un mulo entre dos costales de paja, y emprendieron viaje en dirección a la ciudad de Ávila.

Al enterarse del traslado los duques de Alba, ardieron de indignación, y se entabló un pleito que resultó largo y enojoso. Don Hernando de Toledo, Prior de San Juan acudió al Nuncio del Papa reclamando el cuerpo de la Madre, y éste expidió un decreto por el que ordenaba al Provincial y a la Priora de Ávila, "por mandato y cometido del Sumo Pontífice, en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión, que en el término de tres días seguidos a la notificación del decreto, se entregase *el cuerpo entero, sin faltar cosa de él,* al Provincial Doria, para que lo

llevase o hiciese llevar "de noche y sin estrépito ni ruido" al convento de Alba de Tormes.

El Provincial se apresuró a cumplir el decreto, y el cuerpo de la Santa llegó al convento de Alba el 25 de agosto de 1586..., aunque no entero, pues le habían cortado varios miembros y extraído el corazón, para ser depositados en altares de distintos conventos.

El pleito continuó a pesar de todo y duró dos largos años, hasta que el 10 de julio de 1589, el Sumo Pontífice falló en última instancia a favor de Alba de Tormes.

LA SANTIFICACIÓN

El 24 de abril de 1614, el Papa Paulo V, en el nombre de Dios, beatificó a Teresa de Jesús. Ocho años más tarde, el 12 de marzo de 1622, Gregorio XIII la santificó, conjuntamente con otros cuatro santos españoles: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Isidro Labrador y Felipe Neri.

En 1617, Felipe III, rey de España, y con él las Cortes del Reino, declararon a Teresa de Jesús *Compatrona* de España conjuntamente con

el Apóstol Santiago. Este Patronato fué confirmado por el Papa Urbano VIII, el 21 de julio de 1627. Alfonso XIII la declaró Doctora.

Tales fueron los homenajes de los reyes. Pero más significativo, más hondo y vibrante es el que le tributa el pueblo todo de España, ese pueblo que lleva en la sangre la esencia del heroísmo y en el espíritu las virtudes legadas a través de los siglos por sus santos, sus héroes y sus mártires.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

Pág.

I.—Hacia tierra de moros 7
II.—Teresa 14
III.—La profesión 34
IV.—La reformadora 52
V.—La fundadora 74
VI.—La Madre 118
VII.—La escritora 141
VIII.—Hacia la gloria 155

Inv. 54540
29/06/93

IX
92
TERp. TERESA DE JESUS, SANTA, 1515-1
BIOGRAFIA.

BIBLIOTECA BILLIKEN Con las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º, COLECCION ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º, COLECCION VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º, COLECCION AZUL: obras, hechos y hombres de América.

Volúmenes publicados y en prensa:

COLECCIÓN ROJA

LA ILIADA
LA ODISEA
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
TRES OBRAS DE SHAKESPEARE
TRES DRAMAS DE CALDERON
VIAJES DE MARCO POLO
OLIVERIO TWIST, por Carlos Dickens.
CUENTOS Y APOLOGOS DE TOLSTOI
FABULAS DE IRIARTE
VIAJES DE GULLIVER
LA CABAÑA DEL TIO TOM
LOS TRES MOSQUETEROS
EL JINETE SIN CABEZA, por Maine Reid.

COLECCIÓN VERDE

GRANDES INVENTORES
GRANDES MUSICOS
GRANDES PINTORES
SANTA TERESA
SAN FRANCISCO DE ASIS
SAN IGNACIO DE LOYOLA
CRISTOBAL COLON
MAGALLANES
HERNAN CORTES
MAHOMA
NAPOLEON
PASTEUR

COLECCIÓN AZUL

LINCOLN
SAN MARTIN
BOLIVAR
350 POESIAS PARA NIÑOS
TEATRO INFANTIL
AMALIA
UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES, por Lucio V. Mansilla.
MARTIN FIERRO
EL FAUSTO de Estanislao del Campo.

OBRAS DE
CONSTANCIO C. VIGIL
PARA LOS NIÑOS

MARTA Y JORGE — Libro de amena y variada lectura destinado a orientar la mentalidad y los sentimientos infantiles.

MANGOCHO — Es el relato de la vida infantil del autor, que con naturalidad y sencillez se identifica con los demás niños.

¡U P A! — Libro para aprender a leer.

V I D A ESPIRITUAL — Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomitos).

CUENTOS PARA LOS NIÑOS — La Hormiguita Viajera, Misia Pepa, El Manchado, El Mono Relojero, Lo Más Inútil del Mundo, El Pirincho Enfermo, Los Escarabajos y la Moneda de Oro. El Imán de Teodorico, El Casamiento de la Comadreja, El Sapo Huevero, El Pájaro Ratón, El León Ciego, Aventuras de un Botón, Cabeza de Fierro, La Cueva Misteriosa, Los Conejos Silvestres, Los Enanitos Jardineros y otros muchos cuentos más en diversas ediciones.

Pedidos por mayor a

CASA ATLANTIDA — FLORIDA 643 — BUENOS AIRES

